

El Centenario de Feuerbach

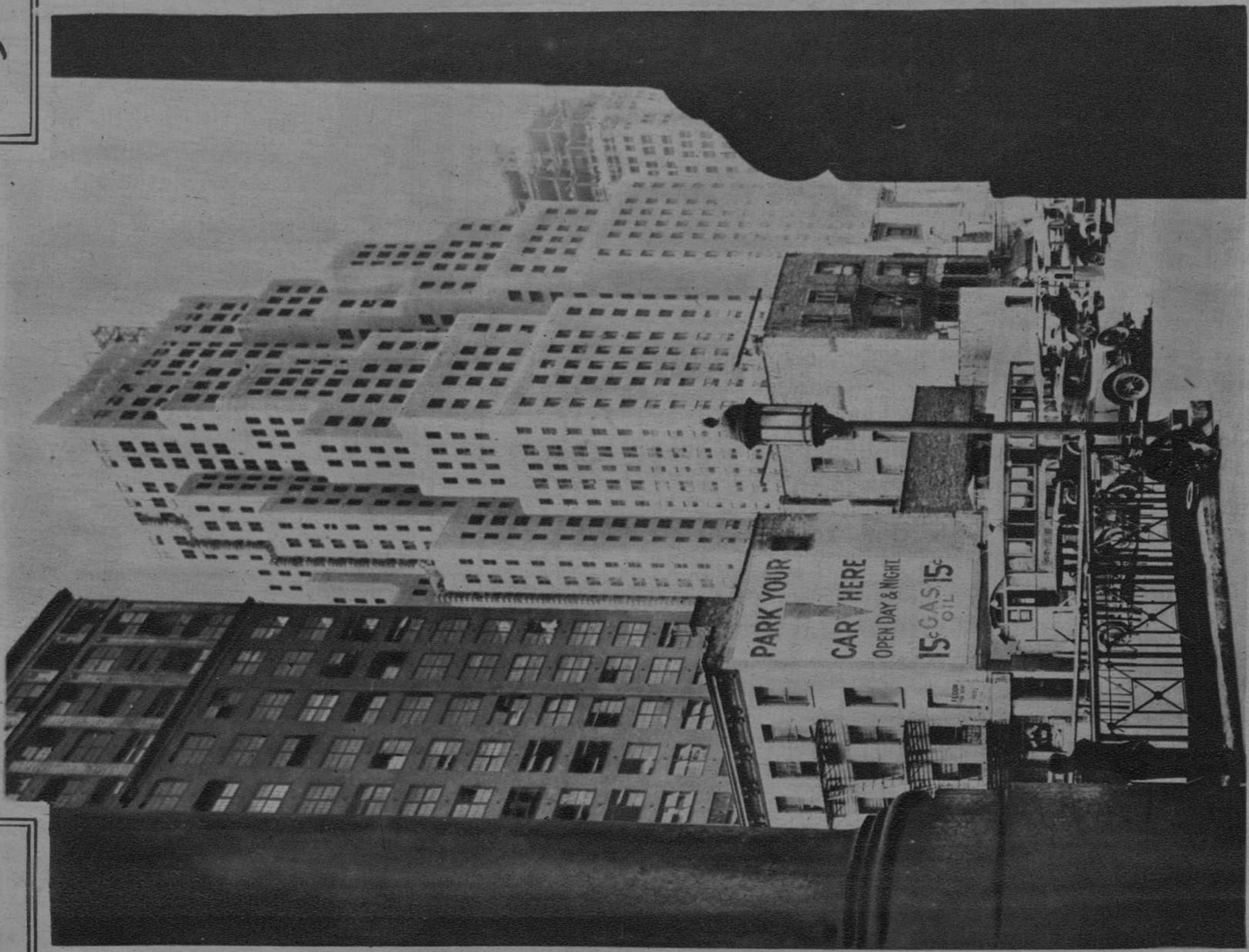


Alemania celebra estos días el centenario del nacimiento de Anselmo Feuerbach, el pintor de las grandes concepciones, tan discutido en su tiempo y tan glorificado después. En sus primeros pasos por la árida senda que conduce al éxito, sufrió la evidente influencia de Contufo, su maestro en París, influencia que se evidenció en su técnica, y que en su "Muerte de Pedro Aretino" se plasma con indeleble sello; pronto se estendió tal influjo y fué su modelo Venecia, con su exuberancia de colorido. Más tarde prestó a sus obras tonalidades grises, uniformes, que dieron a aquellas especialísimo carácter y le valieron al artista duros y acerbas críticas, que aceleraron su muerte. Su preferencia por los modelos históricos es evidente y en todas sus obras se advierte una acertada y difícil fusión de los estilos clásico y romántico. Nombro, ya en su madurez, profesor de la Academia de Viena, la inquietud de Anselmo Feuerbach no se avino con la placidez de la cátedra. Y ésta, fué renunciada. Constituyen el inmortal legado del pintor alemán, "Francesca de Rimini y Paolo", "Malatesta", "El Juicio de París", "La Piedad", "Ifigenia", "Laura y Petrarca"...

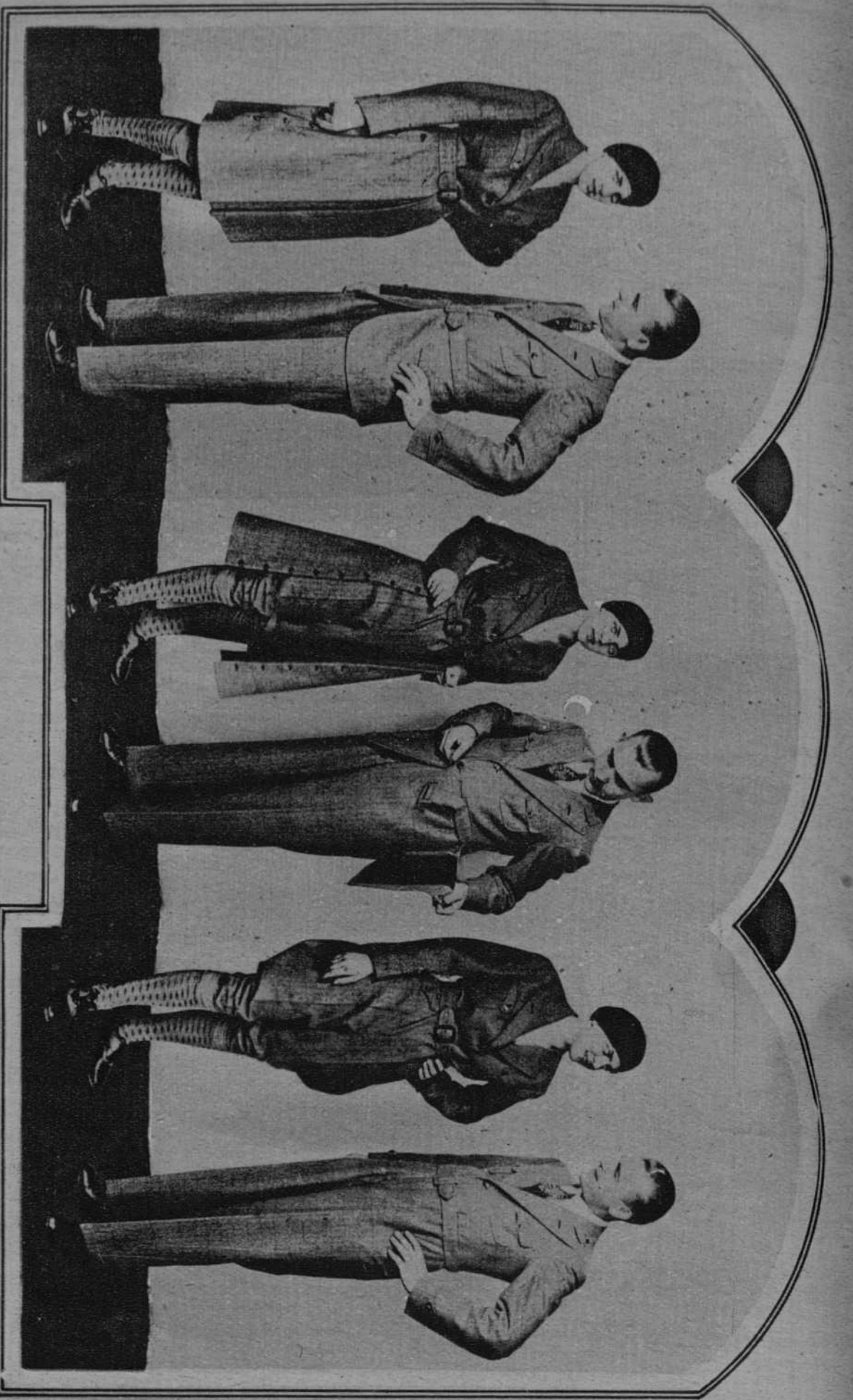
Núm.
184

PAGINAS
EXTRAORDINARIAS
El Día Gráfico

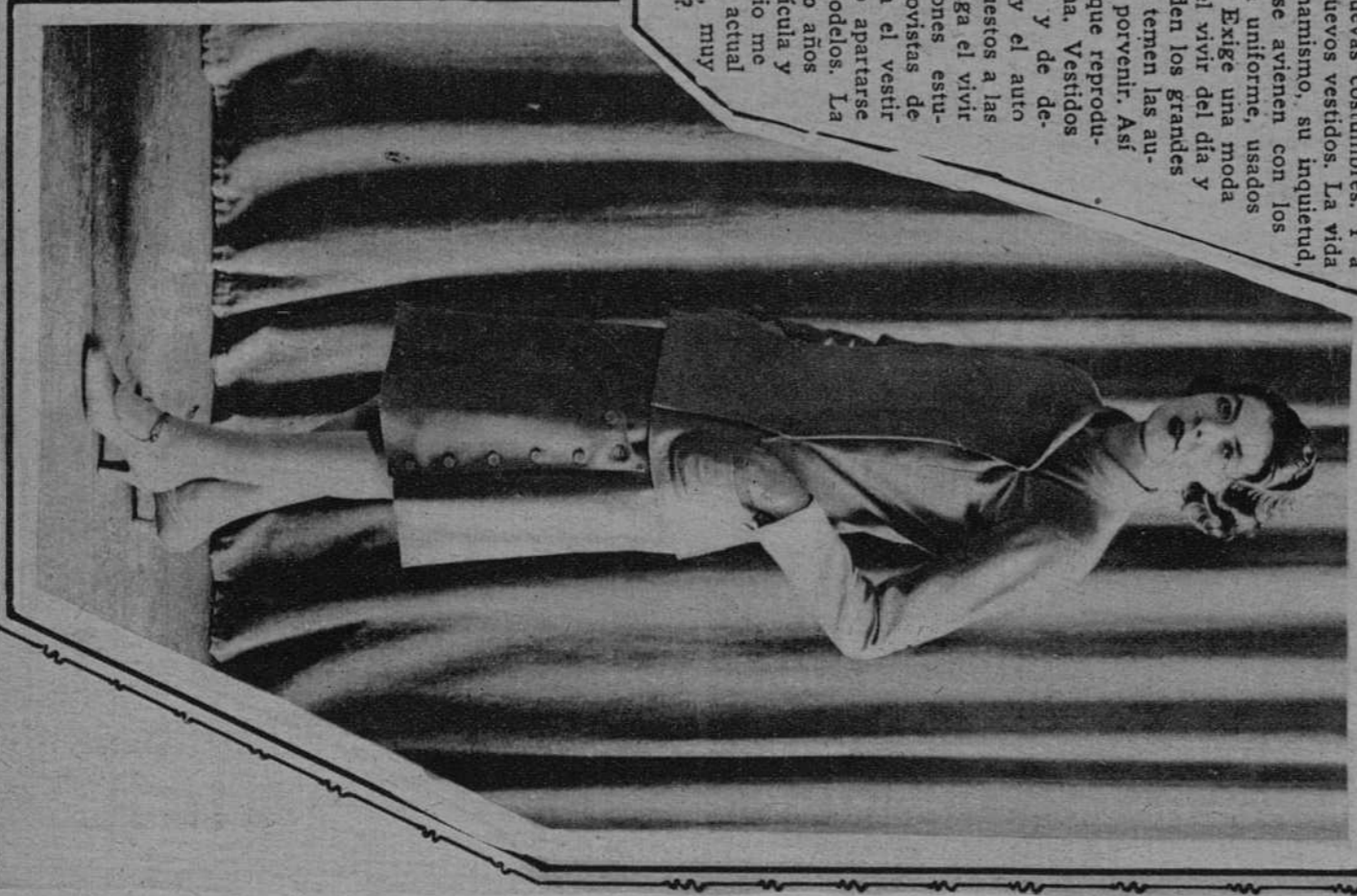
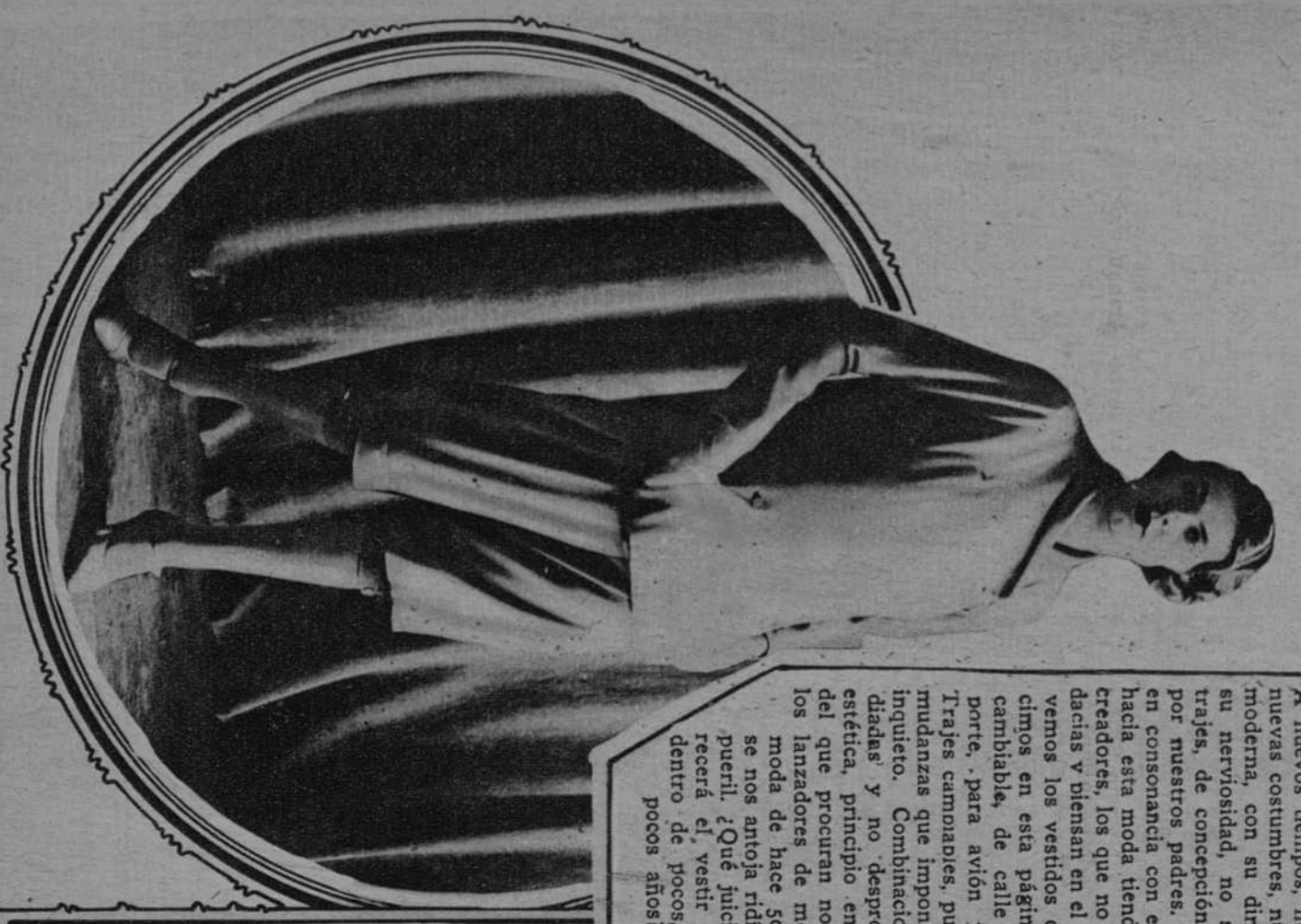
OCTUBRE
13
1929



El Nueva York moderno y el Nueva York antiguo. Al fondo un rascacielos de cuarenta pisos. Junto a éste, otro, modesto, de veintuno. Y en primer término, como avergonzadas de su insignificancia, unas casas del 1000... — (Foto Keystone)

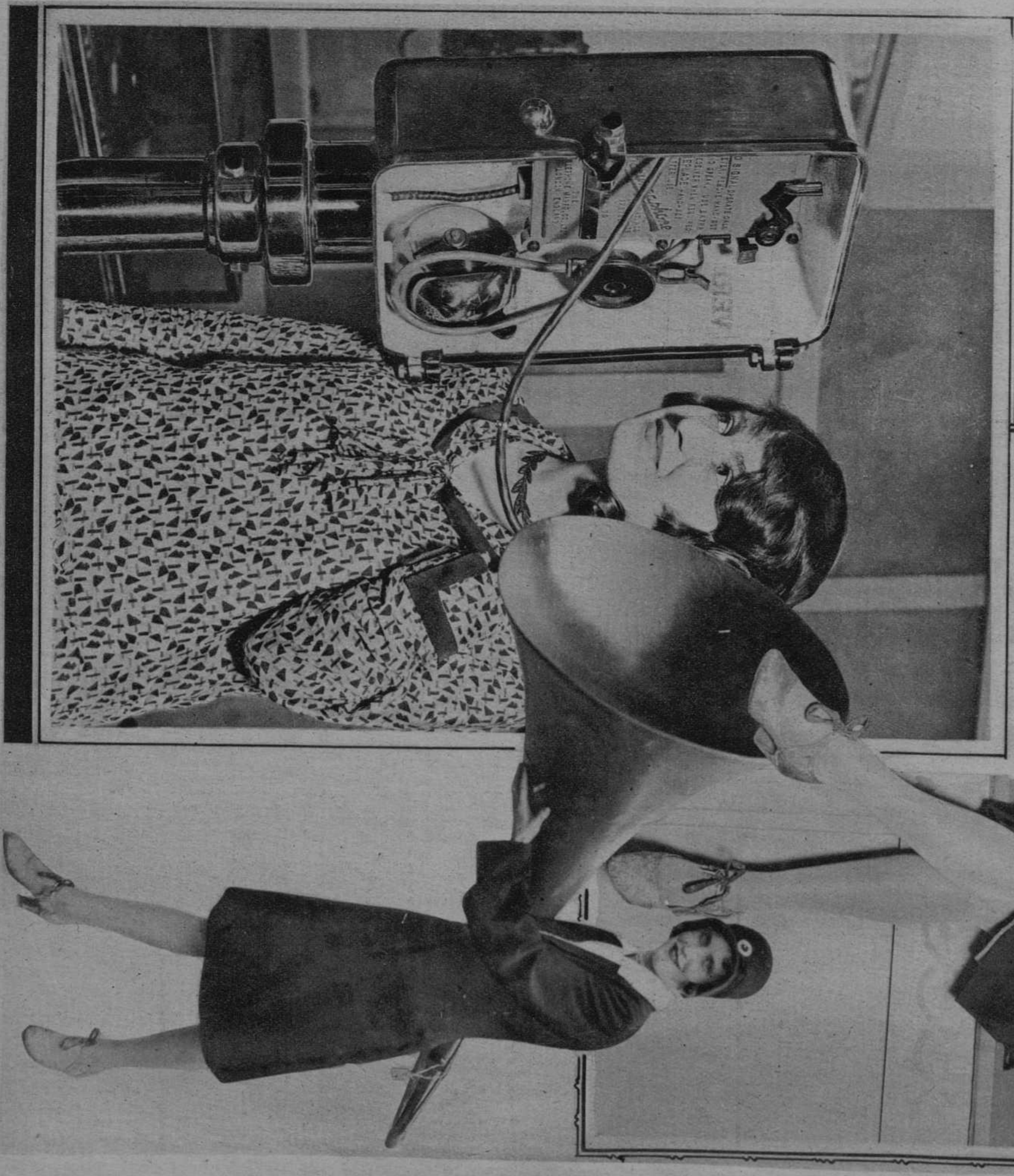
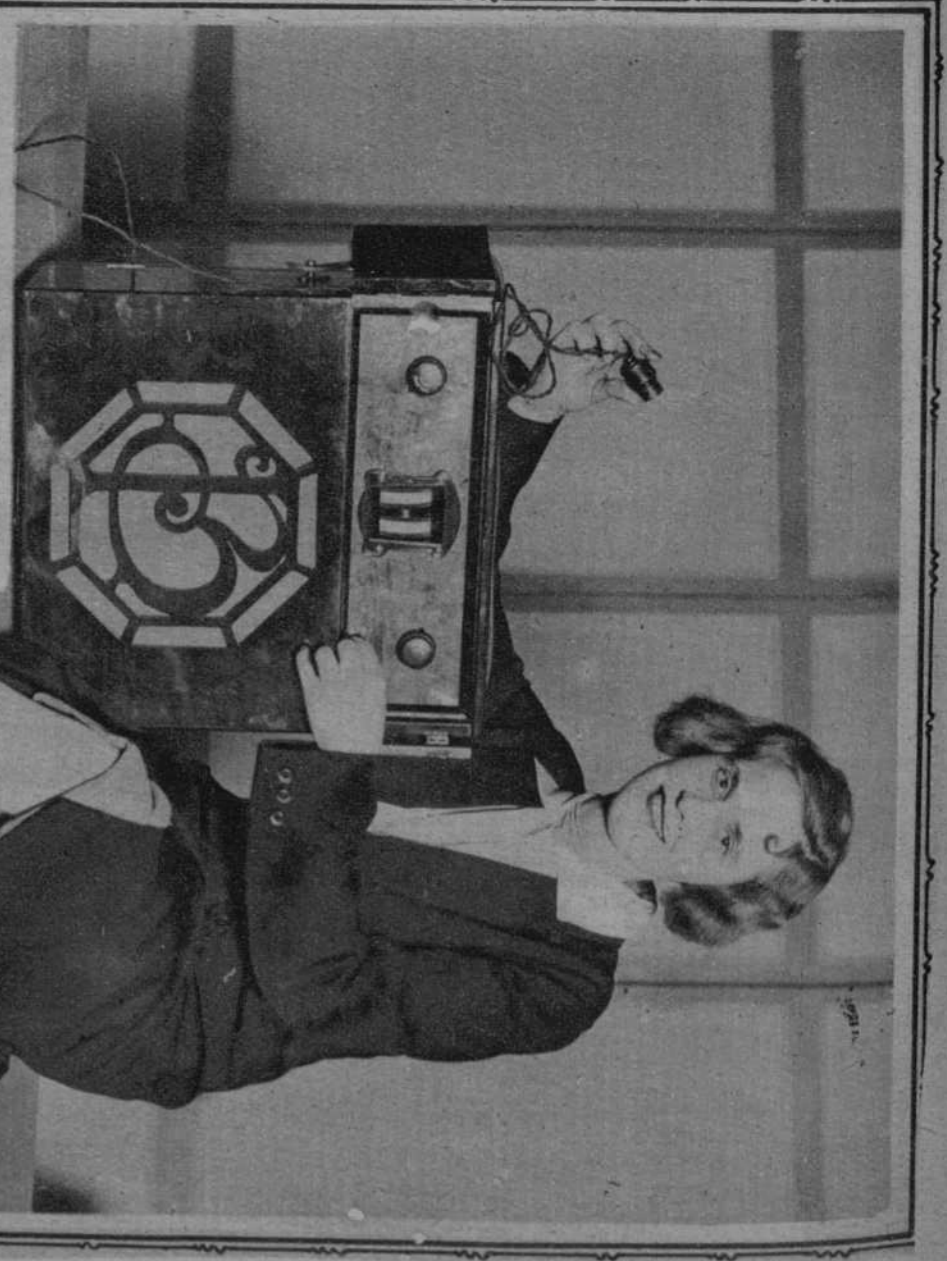


A nuevos tiempos, nuevas costumbres. Y a nuevas costumbres, nuevos vestidos. La vida moderna, con su dinamismo, su inquietud, su nerviosidad, no se avienen con los trajes, de concepción uniforme, usados por nuestros padres. Exige una moda en consonancia con el vivir del día y hasta esta moda tienden los grandes creadores, los que no temen las audacias y bienan en el porvenir. Así vemos los vestidos que reproducimos en esta página. Vestidos cambiables, de calle y de deporte, para avión y el auto. Trajes camorables, puestos a las mudanzas que imponga el vivir inquieto. Combinaciones estudiadas y no desprovistas de estética, principio en el vestir del que procuran no apartarse los lanzadores de modelos. La moda de hace 50 años se nos antoja ridícula y pueril. ¿Qué juicio me recerá el vestir actual dentro de pocos, muy pocos años?

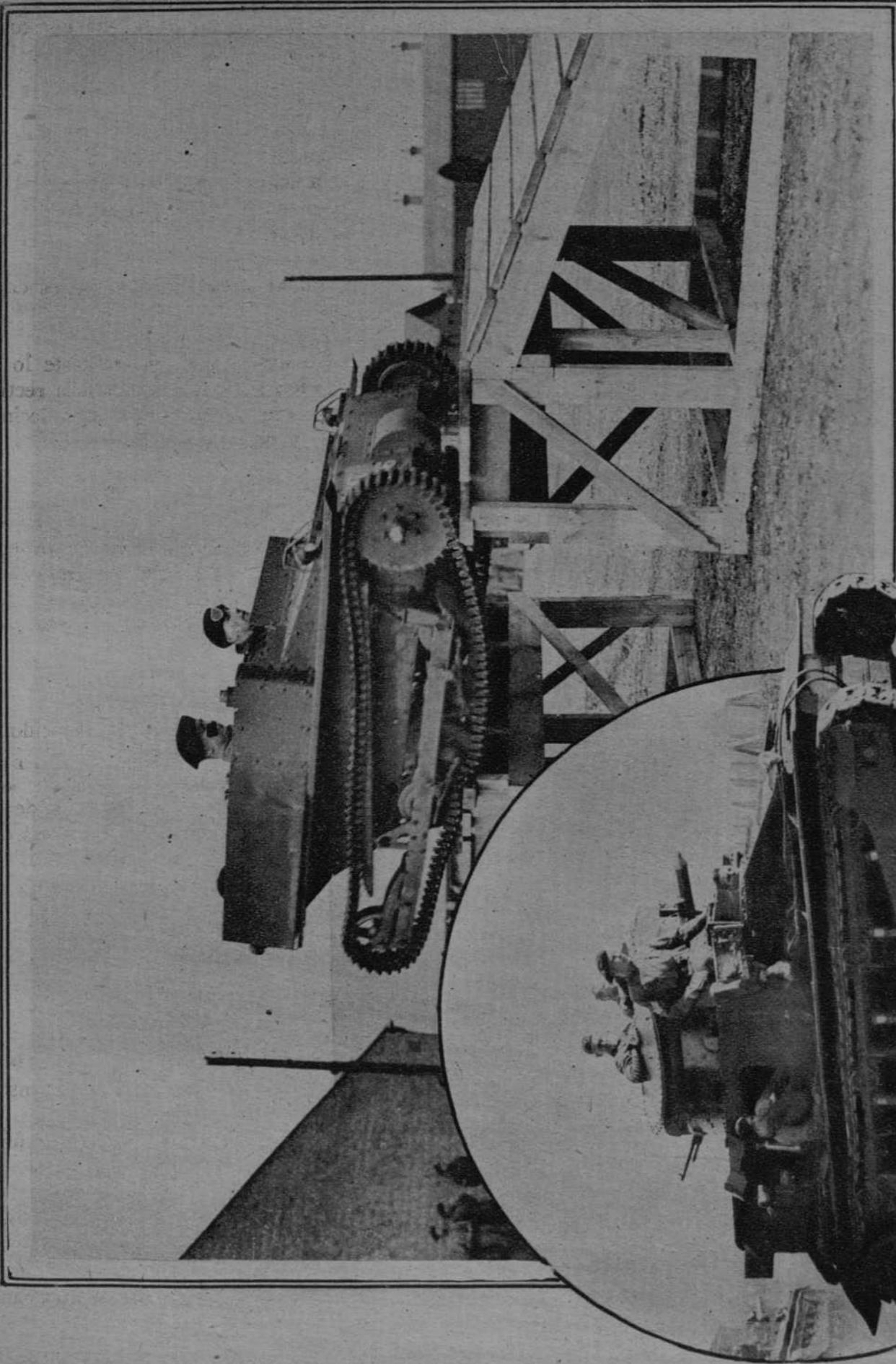


LA OBSESION DE LA RADIO

Es la Radio, una maravilla y una obsesión. Ningún invento, entre los muchos inventos que en el espacio de escasos lustros han asombrado al mundo, se ha adueñado tan absolutamente de la preferencia popular. Ricos y pobres, tienen en la Radio distracción y consuelo. Y no faltan los aficionados científicos que, descecos de una mayor perfección en sus aparatos, dedican sus ocios a la busca del detalle que mejore sus audíofones. Para estos—y para el radioyente en general—habrá tenido excepcional importancia la Exposición que se ha celebrado en Londres, en la cual, la Radiodifusión estuvo representada espléndidamente. Aparatos modernos, concepciones fantásticas, dispositivos novísimos, fueron ofrecidos al radioyente por gentiles vendedoras, hermanando así la gracia con la ciencia. Y, siendo así, la Exposición de Londres, no podía ser otra cosa que lo que ha sido: Un éxito clamoroso.



Varios aparatos presentados en la Exposición Electrica de Londres. — (Fotos Keystone)

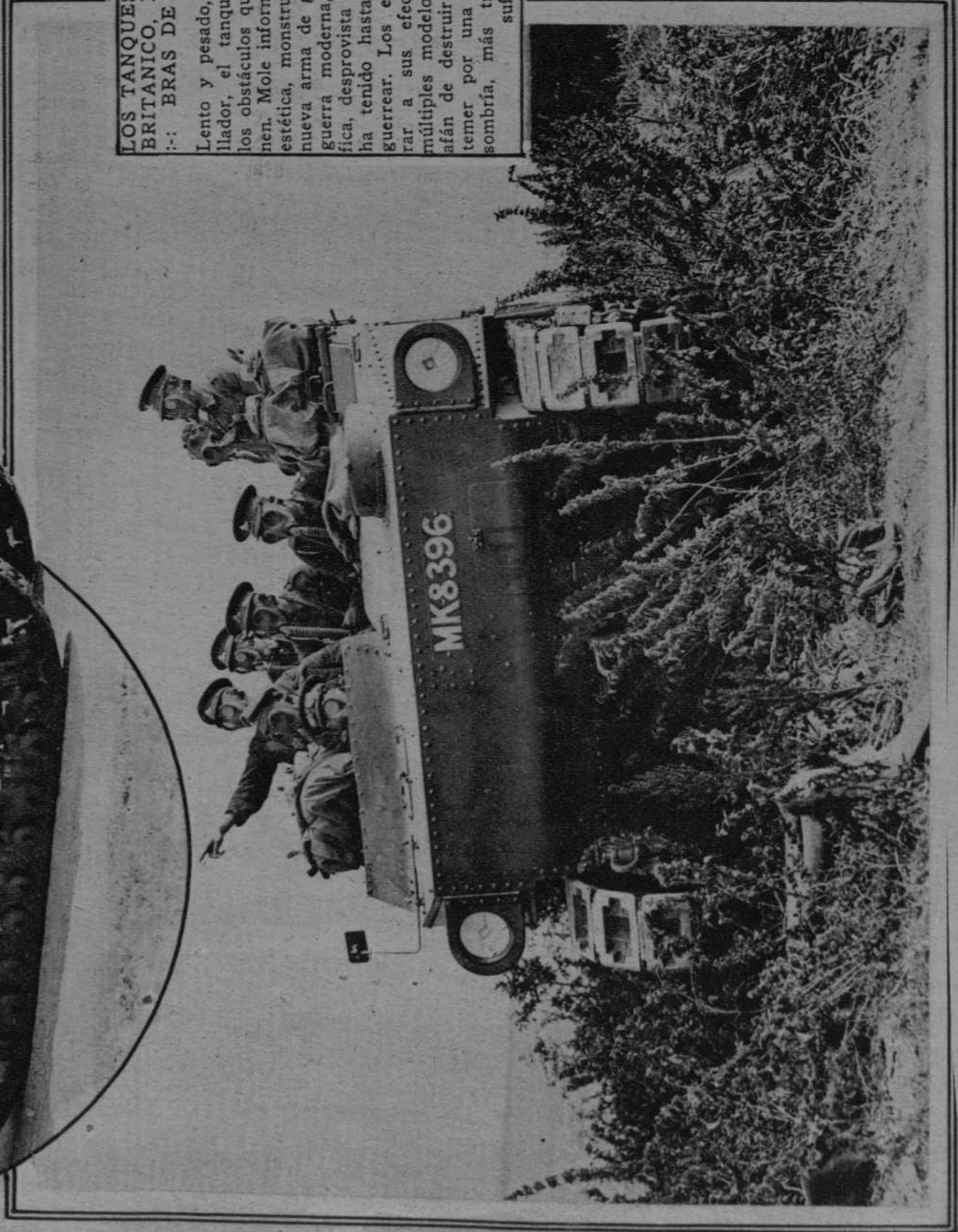


Un tanque dirigiéndose, "veloz", al terreno de las maniobras

Pruebas de un tanque sobre un puente figurado

LOS TANQUES DEL EJERCITO BRITANICO, EN LAS MANIOBRAS DE HAMPSHIRE

Lento y pesado, pero tenaz y arrollador, el tanque avanza apartando los obstáculos que a su paso se oponen. Mole informe, huérfana de toda estética, monstruosamente fea, es la nueva arma de guerra símbolo de la guerra moderna, sintética y científica, desprovista de la viscosidad que ha tenido hasta ahora, el arte de guerrear. Los ejércitos, al incorporar a sus efectivos materiales los múltiples modelos de tanque que el afán de destruir ha sugerido, hacen temer por una guerra futura más sombría, más trágica aún que las sufridas...



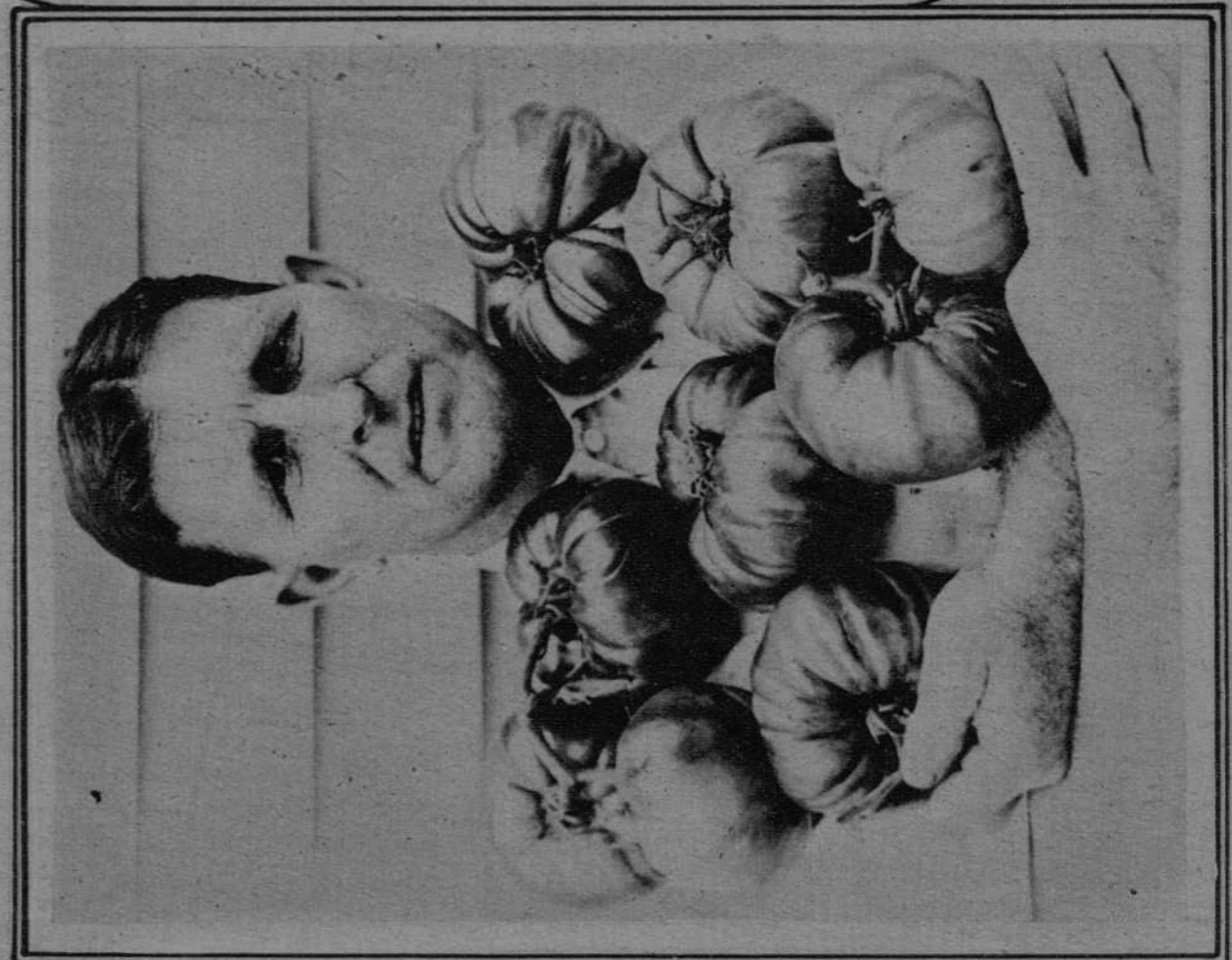
Un carro de asalto cuyos ocupantes van provistos de caretas contra los gases asfixiantes

(Fotos Keystone)

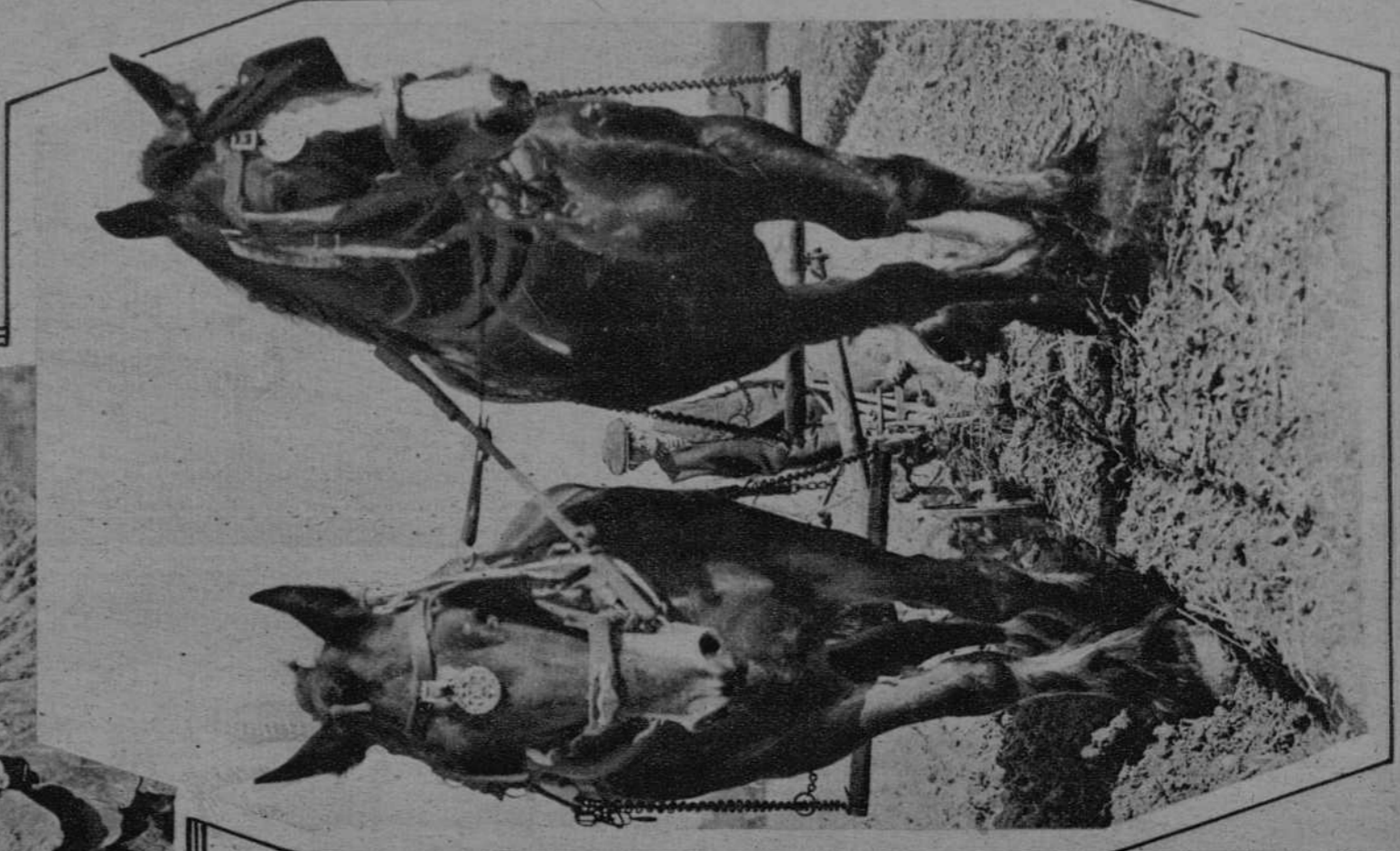
También en la Agricultura deja sentir sus efectos la fiebre del record. En Inglaterra, y en los Estados Unidos, los Campeonatos agrícolas se han puesto de moda, y así estamos viendo concursos más o menos originales, en los que se trata de batir algún record de cultivo. Las fotografías que ilustran esta página nos muestran algunos ejemplos "recordados". Figura entre ellos M. Walter King, ganador absoluto en el gran concurso nacional de tomates, celebrado en Lawrence, la gran ciudad agrícola de Massachusetts, en el que ha presentado ejemplares de ocho libras de peso, y otros también a F. A. Burser, ganador de la Copa del Rey en el Concurso de cultivo de coles, celebrado en Inglaterra, y a Henry Davis, de Bedford (Inglaterra), Campeón del Concurso de arado, verificado recientemente. Tres records que valen tanto como las proezas deportivas



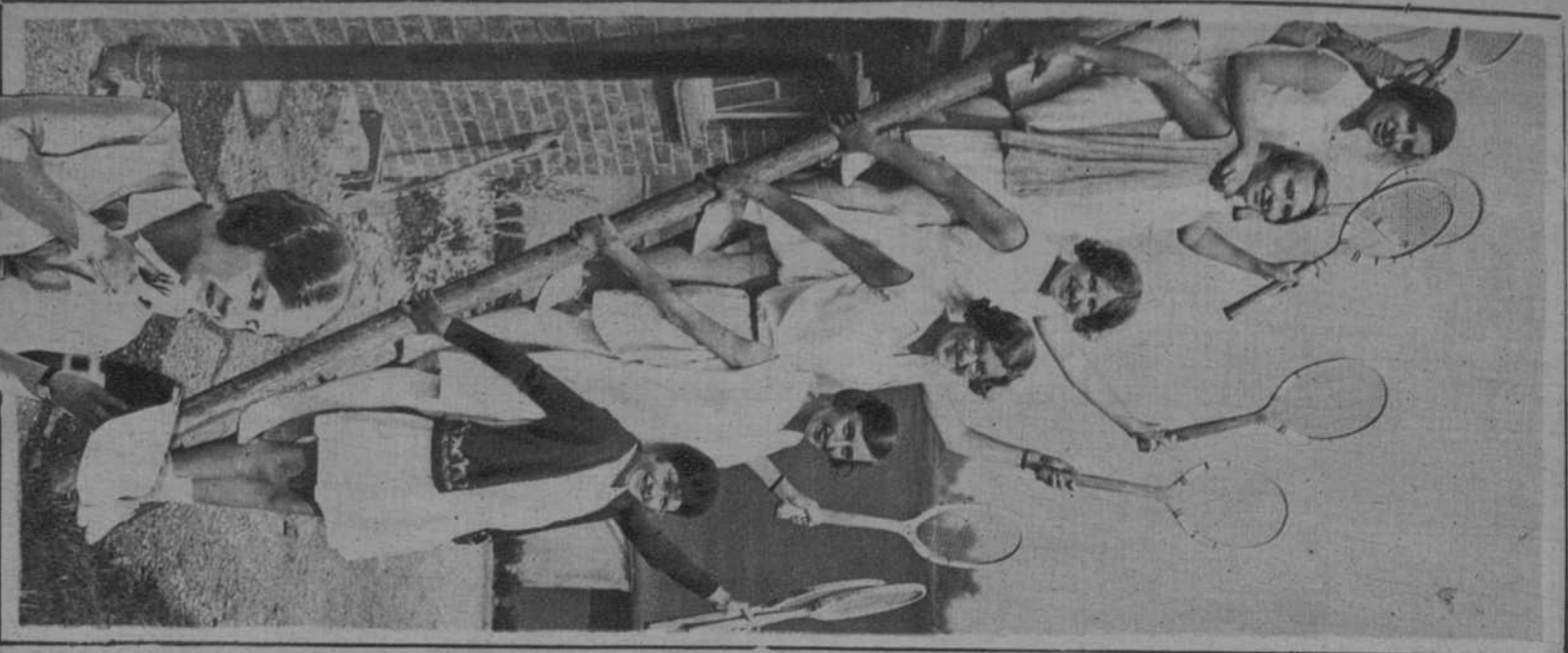
F. A. Burser, campeón del cultivo de coles



Walter King, el rey de los tomates



Henry Davis, ganador del Concurso de arado. — (Fotos Keystone)



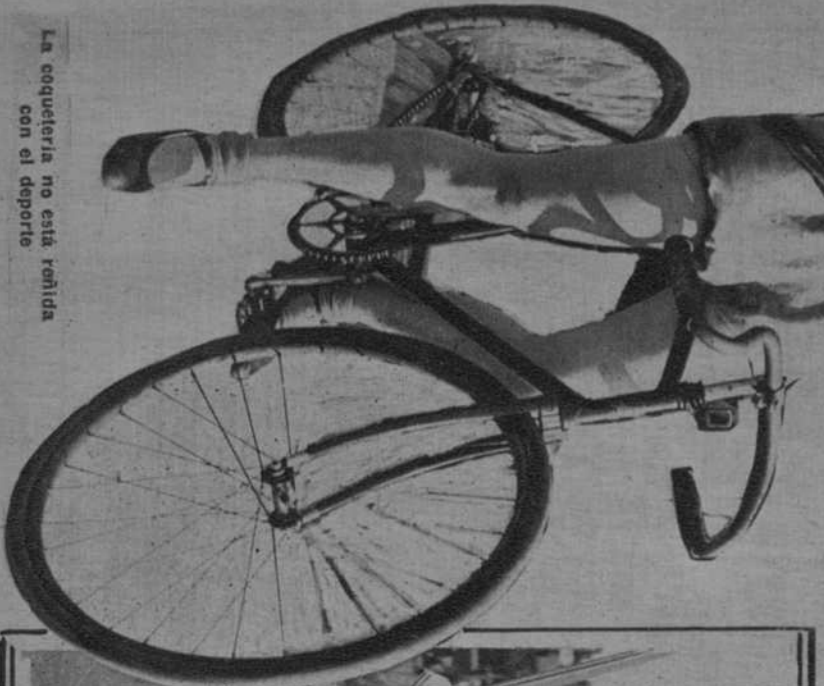
Las bellas tenistas en un descanso



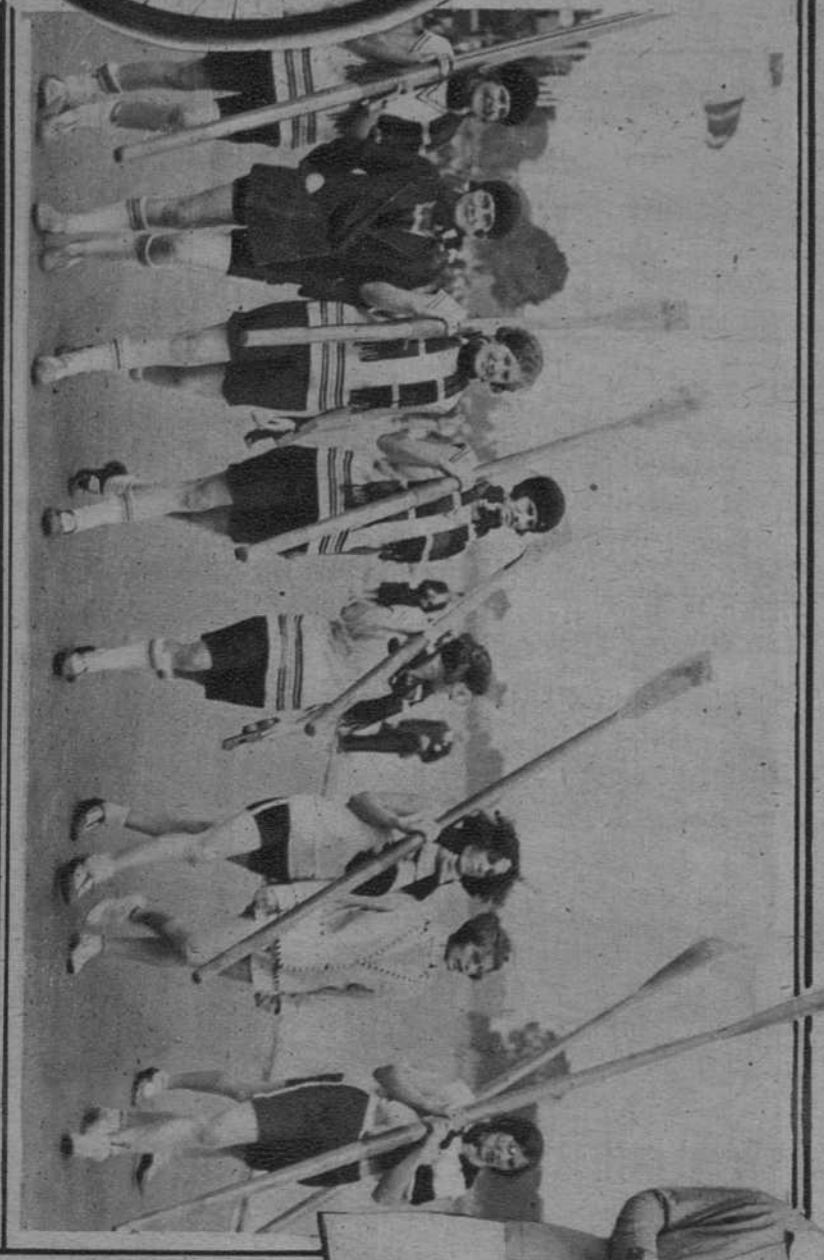
Un poco de marcha atlética



Esperando el clásico pistolero



La coquetista en esta posición con el deporte



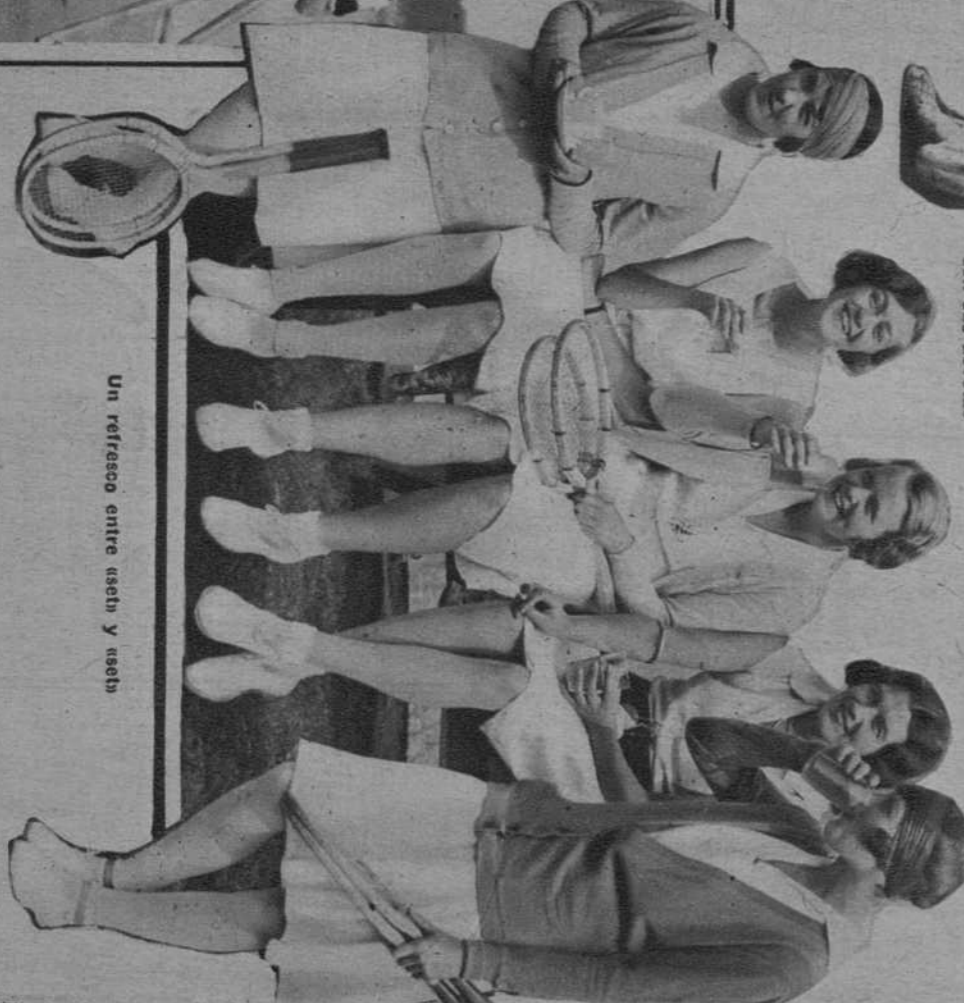
También el remo, tiene sus adeptas



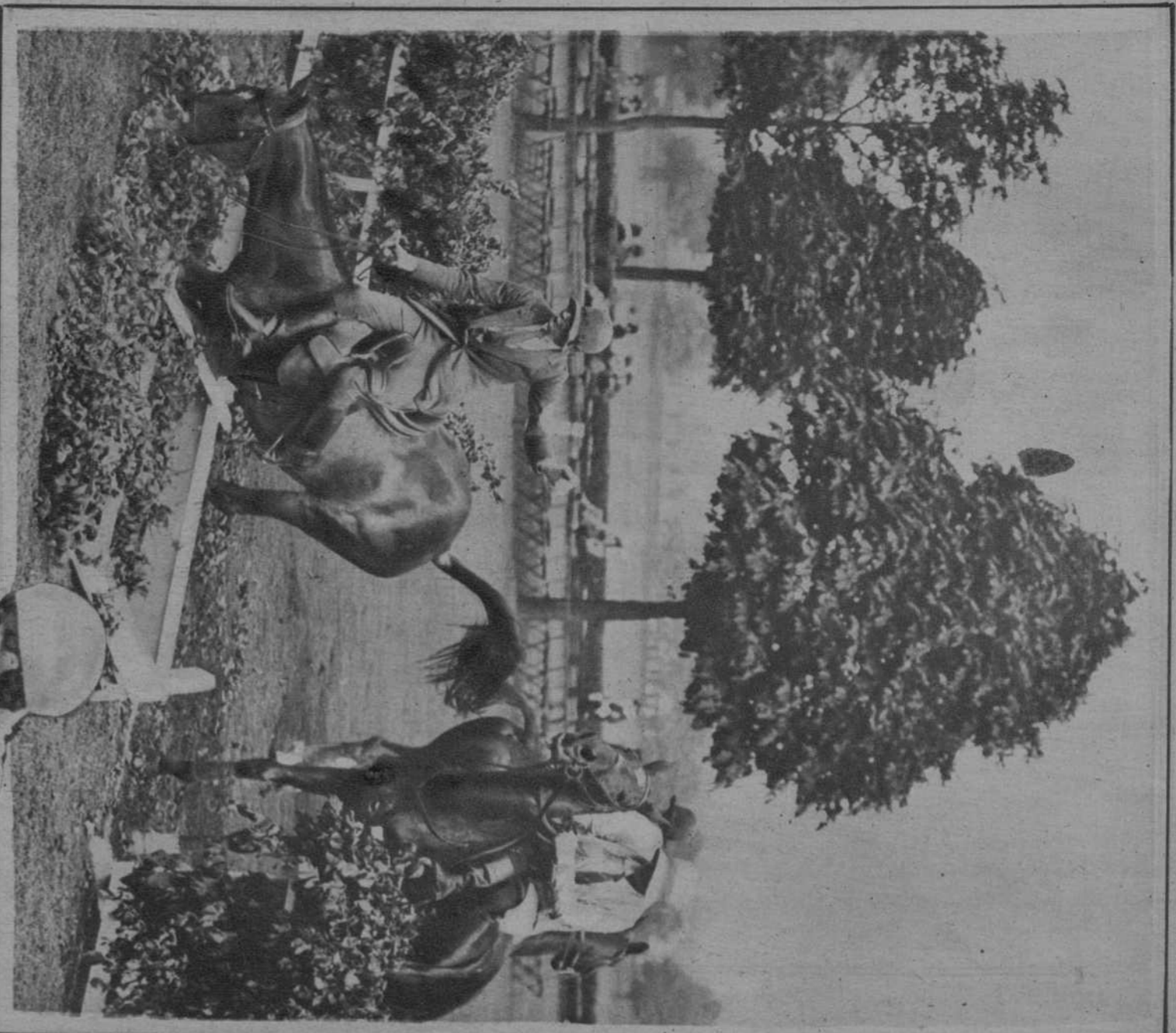
Una joven campeona de golf



El croquet cuenta también con sus devotas



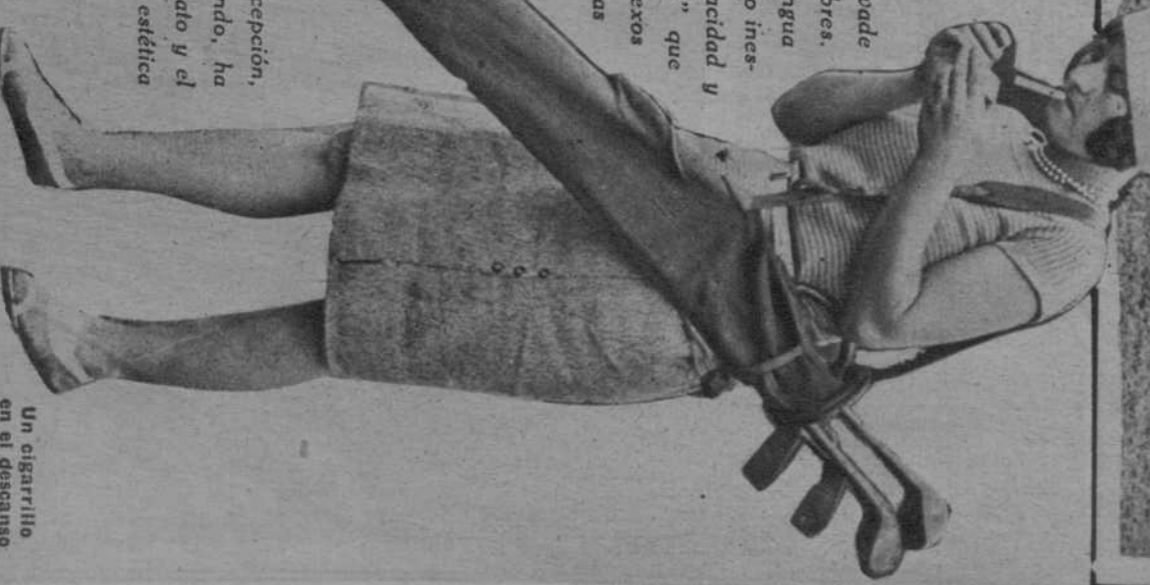
Un refresco entre agua y agua



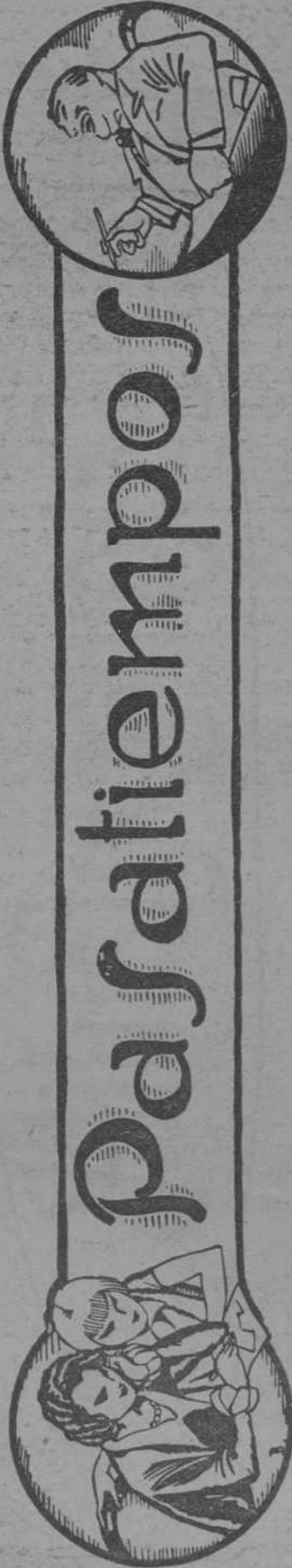
El inevitable tropiezo

LA MUJER Y EL DEPORTE

La mujer, cada día con mayor intensidad y empeño, invade los terrenos deportivos, hasta ahora exclusivos de los hombres. Ni la violencia de los ejercicios, la ardua, ni la fatiga amenguada sus entusiasmos. Una especie de feminismo atlético ha surgido inesperadamente en nuestras costumbres, y la mujer, con tenacidad y con ardor, disputa al hombre la posesión de los "records" que constituyeron antaño su exclusiva. La igualdad de los sexos ante el record no ha llegado todavía, pero las distancias se acortan progresivamente, y no es caso exagerado suponer que llegue un día el atleta masculino a ver en la mujer un rival deportivo peligroso. La mujer, por ser mujer, ha hecho grácil y amable el deporte. Su feminidad le hace perder rudeza y le confiere una elegancia. Las pruebas atléticas, con la participación femenina, pierden su rígida austeridad. "La mujer lo embellece todo", dijo el poeta. Y no tenía que hallarse en el deporte la excepción. A la concepción, vetusta, del papel que la mujer debe desempeñar en el mundo, ha sucedido una nueva concepción, que hace compatible con el record y el bien parecer, la participación de aquella en los deportes. La estética y la salud corporal saldrán, con ello, ganando.



Un cigarrillo en el descanso



Pasatiempos

(SECCION A CARGO DE NOVEJARKYN)

Nombre de varón
(Por «PAQUITA»)

NOTA NEGACION NOTA

Fase de la luna
(Por F. GRAU CERVELLO)

CUARTO

Para comer a gusto
(Por «CELESTINO»)

VOCAL CONSONANTE NOMBRE DE VARON

Era un gran músico
(Por «MARININ»)

A PAR

Casos que no agradan
(Por ENRIQUE DE BUEN VALEX)

VION : P NOMBRE de MUJER PUERTO FRANCES

Nombre de mujer
(Por J. E. FOX)

NOMBRE de MUJER Ebro

La Exposición
(Por «GIRAFILA»)



Buque

TIBVHNI D VION

Animal
(Por EMILIO SOLER)

CONSTELACION COLOR

Labor
(Por JUAN J. GASULL AMIGO)

K L L Z

Personaje célebre
(Por R. A.)

Hortaliza Negación

En esta sección publicaremos los pasatiempos que se nos remitan, haciendo constar el nombre de su autor, con los fincos requisitos de que vengan acompañados de la solución correspondiente y un cupón como el que publicamos en esta plana, sean inéditos y originales... y estén bien

Alma sencilla, noble y generosa, se esfuerza en ser útil a los suyos. Amable con sus amigos, respetuoso con sus contrarios, mas con todo y su caballeroso proceder, aun la envidia, su cruel enemiga, se esfuerza en sembrar de espolos su ya ruda tarea de hacer trabajo positivo, como si hiciera daño el contraste que hacia su cristallino proceder, con la turbia e inútil tarea de la mayoría, que no trabaja más que para su provecho propio.

Nació Aribau el 4 de noviembre de 1798, siendo bautizado en la iglesia de Nuestra Señora de la Bonanova, situada en el que entonces era vecino pueblo de San Gervasio de Cassolas. Estudió Retórica y Filosofía en el Seminario tridentino de esta ciudad entre los años 1811 a 1816. Simultáneamente con estas asignaturas, aprendió en las clases que tenía establecidas la Junta de Comercio en la Lonja. Física experimental con el docto catedrático don Pedro Viera, y Taquigrafía con Sena y Ginestá.

Hallándose en 1817 de dependiente en una casa de comercio, para celebrar el día del santo de su principal, escribió unos versos en catalán, en los cuales revelóse ya el futuro gran poeta, que habia de ser por su gran vuelo un verdadero precursor literario. Su «Oda a la Patria», escrita en catalán el año 1832, aparte de su inspiración y correcta forma, constituye una apología del sentimiento regional, que despertó gran entusiasmo, contribuyendo al renacimiento literario catalán, con todo y ser escrita como un desahogo amistoso, dirigido al banquero Remisa de Barcelona, en ocasión de hallarse ausente de Cataluña. No se conocen de Aribau otras composiciones en catalán, fuera de una poesía descriptiva de Cataluña «A Palamos», e inserta en el «Anuari Català» (1875). Sus «Ensayos poéticos» le dieron a conocer como literato castellano, y si bien sus versos han sido discutidos y calificados de alisomanes, por tener todas las cualidades y defectos de su época, en cambio de su prosa, dijo el gran poeta Quintana, que era inimitable.

A los 24 años (1822) fué nombrado secretario de la Diputación provincial de Lérida, cargo que tuvo poco tiempo, pasando al año siguiente a la Secretaría de la Junta de Comercio, trasladándose en seguida a Madrid, donde desempeñó varios cargos importantes, entre ellos el de secretario de la Intendencia de Palacio y director del Tesoro.

Contaba el señor Angelón la siguiente anécdota ocurrida durante el desempeño de dicho cargo:

«Soliviantados los ánimos de las cigarreras de Madrid por una disposición de su jefe, acudió, en tumulto, un grupo de aquellas a nuestro director. Grave es discutir con una mujer, qué sería con ocho o diez muchachas de rompe y rasga, máxime para un hombre tartamado como Aribau?»

—Diga usted a las cigarreras—contestó al portero que le habia dado el aviso—que no quiero entenderme con ellas, sino exclusivamente con las dos más viejas de las presentes.

Y como ninguna mujer quiere ser más vieja que otra, se armó entre ellas tal escándalo a propósito de la respectiva juventud, que no hubo más remedio que dar con ellas en la calle.»

Sus elevados cargos no le hicieron olvidar, ni la literatura, ni la economía política sus aficiones predilectas. Además de ser el iniciador de la célebre «Biblioteca de Autores Españoles» de Rivadeneyra, para la que escribió estudios muy notables

Buenaventura Carlos Aribau y Farríols

sobre Moratín, Cervantes y la novela española de los siglos XVI y XVII; fué colaborador de los periódicos «El Constitucional», «La Voz de la Razón», «El Español», «El Europeo» y «La Nación», en los que defendió sus ideales proteccionistas, los que desarrolló en mayor escala, fundando «La Verdad Económica», sosteniendo grandes polémicas con los librecambistas. La Taquigrafía le debe la reforma del sistema. Marfí que concertó con su maestro Serra y Ginestá, estableciendo las bases del que después se llamó sistema taquigráfico catalán.

Bondadoso de carácter y muy ocurrente, no sabia dar una negativa rotunda, pero como en el caso de las cigarreras, encontraba, en muchas ocasiones, subterfugios ingeniosos, para librarse de los importunos. Habiéndosele presentado en cierta ocasión, un sujeto fabricante de librillos de papel de fumar, con la pretensión de que pagando lo que fuera, le hiciera unos versos para la propaganda de su industria, nuestro poeta, excusándose por su mucho trabajo, le indicó, como persona que tal vez se prestaría a ello de muy buena gana, al capellán del duque de Frias.

El pobre hombre, muy ufano, encaminóse en busca de dicho capellán, quien a las primeras de cambio, con gran indignación, cogió una silla, con ademán de tirársela a la cabeza, y el infeliz fabricante, lleno de espanto, tomó la puerta más que de puisa, bajando la escalera al galope. No habia llegado aún al final, cuando con voz de trueno no el poeta don Juan Nicasio Gallego, pues tal sujeto era el citado capellán, preguntó: —«¿Oiga usted! ¿Quién es el perillán que le ha mandado a usted a aquí a sacarme de quicio?»

El interplorado dió las señas de Aribau. Pocos días después, don Juan Nicasio Gallego, vió a Aribau, a quien sólo conocia de vista, y rápidamente se encaminó a su encuentro y preguntó muy serio: —«¿Se puede saber por qué me ha enviado usted a una bestia para que le escribiera unos versos?»

Y Aribau le contestó amablemente: —«A mi casa fué con esta pretensión, y dije para mi capote, ¿quién me vengará, y pensé en usted. Supongo lo echaria escaleras abajo.»

«Cerca anduvo», replicó ya sonriendo el poeta castellano. Desde aquel día fueron muy amigos.

Los lauros y honores conquistados en Madrid, tuvieron sus espinas muy dolorosas. Carlos Ronquillo escribió un artículo en el diario «La Corona» (28 de noviembre de 1862), titulado «Última enfermedad de Aribau», donde pintó las amarguras de sus últimos tiempos, y entre otras cosas decía: «...llegó el año 1861, y aquella fortaleza moral se habia de agotar. Y este es el motivo porque para fortalecer aquel ánimo decayo, a más de los medios farmacológicos, era de absoluta necesidad una gran dosis de excitación moral.»

«Viéndole un día hojeando los cuadernos de los coros de Clavé, le insinuamos que asistiese al concierto que se daba aquella noche. El consejo no sólo fué aceptado con satisfacción, sino hasta con gratitud. Al penetrar en los jardines de Eutepre, al oír las dulces y melancólicas notas del «Somni d'una verge», se animó su rostro, el poeta debía recordar las alegres horas de su infancia. Si aquella noche, los poetas catalanes se hubiesen presentado al viejo, que, olvidado, se paseaba por los jardines con el «ple en el estribo, con las ansias de la

muerte no lejos», y si al verdadero maestro en Gay saber, le hubiesen demandado «Un adiós...», Aribau hubiese cantado aún con voz sonora, con acento varonil.

«Pero la excitación moral, el remedio, no debía proceder de Barcelona. Y esta es la causa por que nos atrevemos a explicar la vacilación de Aribau en fijar su último domicilio, o mejor dicho, en decidirse a morir en Barcelona o en Madrid.

«Muriendo en Barcelona, moría en el seno de su amada tierra; pero preveía, que sólo sus antiguos amigos rodearian el coche mortuorio y que dejaría de existir desapercibido, de los sucesores de los esforzados concelleres, cuyas virtudes tanto habia admirado.

«Muriendo en Madrid, es decir, exhalando el postrer suspiro en el teatro de sus laureles y de sus amarguras, Aribau sabia que el día de su muerte, era el día de su triunfo y de su gloria. En efecto, los ilustres periodistas, que son el ornamento de la Corte, en masa hubieran ido a despedir a su antiguo compañero y a pagar tributo de admiración al sabio y virtuoso don Buenaventura Carlos Aribau. Y cuando el respetable concurso cruzara las calles de la coronada villa, posible fuera, que alguna conciencia sintiera la tortura atroz del remordimiento.

«Digámoslo de una vez: la licencia, con su lenguaje que en cada siglo y a cada adelantamiento cambia, ha procurado deseficar la fermetad de Aribau. Para que la posteridad siempre lo comprenda, usaremos un lenguaje eterno. Aribau murió de un asesinato moral.»

Nuestro poeta dejó de existir en 17 de septiembre de 1862, y en 3 de mayo de 1863, en ocasión de celebrarse en el Salón de Ciencias de las Casas Consistoriales, el certamen de los Juegos Florales, se colocó en el teatro un cuadro con el retrato de Aribau, pendiente de su marco una gasa negra. Después de distribuidos los premios, don Manuel Milá y Fontanals, leyó la «Oda a la Patria», a cuya terminación, entre grandiosos aplausos, la reina de la fiesta colocó, sobre una vitela en que estaba aquella escrita, una corona de laurel.

Barcelona, que le ha considerado como uno de sus hijos predilectos, para honrar su memoria, dió su nombre a una de las calles del Ensanche, levantándole, al mismo tiempo, una estatua en los jardines del parque de la Ciudadela, a más de figurar su retrato en la «Galería de catalanes ilustres», instalada en el Ayuntamiento.

Las poesías de Aribau han sido traducidas al italiano por Conti y Juan Feigla no. Además escribió «Historia de la Hacienda Española» (1862); «Discurso sobre la inutilidad de la pretendida reforma de la Constitución de 1837»; «La existencia de Dios» (poema traducido al italiano); «Utilidad de la Taquigrafía» (en colaboración con Sena y Ginestá); etc., etc.

De su amor desinteresado al estudio, Joaquín Riera y Bertrán contaba la siguiente anécdota: «En cierta ocasión, encontró a nuestro don Buenaventura, un amigo suyo, delante unos voluminosos manuscritos que contaba asiduamente. —«¿Qué está escribiendo?»—le preguntó. —«Una obra de historia»—, contestó Aribau. —«De mucha extensión, a lo que veo...» —«Tendrá de 15 a 20 tomos en folio.» —«Y, ¿a qué la destina usted?» —«A mi uso particular.»

JOAQUIN BAS GICH

POETAS Y ESCRITORES NOVELES

SUBLIMIDAD

No es leyenda ni tradición: el siguiente caso es verdaderamente histórico y me aconteció hará unos cinco años.

Fuime una vez de cacería; allá al crepúsculo, rendido por la larga y penosa caminata, me detuve en el corazón de un bosque, que por su exuberante vegetación lo hacía parecer casi vírgen, cuando de pronto me pareció oír una voz melodiosa y suave como el cántico de una fontana que desgranaba, como raudales de perlas, una bellísima canción de cuna.

Me acerqué y pude contemplar un cuadro comovedor: al pie de una gruta formada en la roca, veíase a una mujer, y a su lado una cuna hecha de troncos de árbol toscamente labrados, y en ella un niño; el rostro de la madre era moreno y gracioso y unos ojos grandes y negros prestaban singular encanto a su faz; todo su conjunto era el de una hija de la tierra; el niño era blanco y rubio como un serafín.

Me acerqué y pedí un poco de agua para mojar mis labios; ella, graciosa y bella, se acercó al tranquilo riachuelo, que cual cinta de plata rumoraba a nuestros pies, y me ofreció agua fresca y regalada como una rosa temprana de mayo.

Le di las gracias y no sabía explicar qué extraño impulso me obligó a preguntarle: me dijo que era viuda y que había bajado a la ciudad a servir, dejando a su hijo al cuidado de su madre, pero al fin llegó la noticia: su hijo lloraba sin cesar llamando a la madre, y ella, allí en la lejana urbe, sentía la inmensa nostalgia de no poder abrazar a su hijo, aquel angelito risueño y dulce; de no poder sentir el latir junto a su corazón el corazóncito del niño, y lo dejó todo para ir a volar junto a su sierra; junto al cielo diáfano y puro que la vio nacer; junto al perfume embriagador del tomillo y romero, de los rosales y lirios salvajes.

Me atreví a decirle: —Pero, señora, piense usted que su porvenir hubiera podido cambiar si hubiera seguido en la ciudad.

El rostro de la madre nunca lo olvidaré; jamás se borrará de mi mente el recuerdo de las frases dichas entonces por ella. Se levantó y se abatió sobre la dulce cunita en donde guardaba su sueño de oro que dormía sonriendo dulcemente, quién sabe si soñando que jugaba en el Paraíso con los serafines, sus hermanos. Y lo tomó en sus brazos e figúrese su alta y gallarda figura; sus ojos relampaguearon con hechizo brujío; sus cabellos, despeinados, negros como el azabache, revolotearon al impulso del aura; la luna pareció que daba más de lleno sus rayos, que tremolaban sobre la limpida superficie del encantador riachuelo, y las flores, abriendo sus esplendentes corolas, parecían que querían dar su homenaje a la madre, la cual, abrazando frenética al hijo de sus amores, prorumpió, con voz alterada

por la emoción y elevando sus ojos al cielo, que, enternecido sin duda, escuchó sus palabras:

—No, eso nunca; hambre, frío, miseria, desolación, pero con mi hijo.

Y diciendo esto lo abrazó contra su pecho; el niño despertó y sonriente enlazó sus brazos brácitos alrededor de la tornada garganta de su madre como en un lazo de nacarada seda.

Al ver esta escena, un suspiro salió de mis labios, y dirigiendo al negro-azulado firmamento, en donde Venus y Diana lucían esplendorosas, donde se estremecían tantos millones de estrellas; mi mirada, mi corazón murmuró estas palabras: —Amor de madre! Sublimidad!...

MANUELA AUDEERA FORBOLL

A LA PILARICA

A la encantadora y bella señorita Pilar Bahillo, en su fiesta onomástica.

Dios te salve, Reina y Madre de Aragón, bendita seas, luz y esperanza de mi vida, oye la plegaria de mi pobre y herido corazón que con fe, de mis labios brota dolorida.

Si los lamentos del que rezar no sabe, llegáis a oídos en vuestra alma bondadosa, Virgen mía! (grito que de puro en mí no cabe, una oración de mis labios manará amorosa.

Hoy que habitar vais al seno de mi amada y los latidos sentiréis de su corazón bendito, dirigidos uno a uno a mi pobre morada, que de caricias falto, mi corazón gime más roto.

A ti clamo, soberana y señora de los cielos, a ti suspiro, para nunca jamás dudar, para que huyan de la mente los infundados celos, para amar con ternura infinita a mi Pilar.

12 - 10 - 29.

ENRIQUE RABELLA



Páginas infantiles



HISTORIA NATURAL

EL COCODRILLO

El cocodrilo es un reptil muy parecido al lagarto, aun cuando se diferencie por multitud de caracteres internos.

El cocodrilo tiene la cabeza plana con el hocico muy largo, el cuello corto, el tronco alargado y la cola, bastante más larga que el cuerpo, es robusta y está lateralmente comprimida.

Todo su cuerpo se halla recubierto por escamas y escudos más o menos cuadrangulares, duros y fuertes. Los cocodrilos, que, según los naturalistas, son entre los reptiles hoy vivientes las especies más superiores, se encuentran en la zona tórrida y regiones próximas; todos ellos son acuáticos, viviendo en los ríos más o menos caudalosos, pero de curso lento, y en los estuarios, lagos y lagunas, ya sean de agua dulce o salobre. Cuando el agua es baja se hunden en el lodo y pasan alejados todo el tiempo que tardan en crecer las aguas en que reanundan su vida normal, que consiste especialmente en ir a tierra para poner sus huevos, para descansar o para calmarse a los rayos del sol, o para ir simplemente de una a otra laguna.

Los cocodrilos se alimentan de vertebrados de todas clases y dimensiones e insectos; son animales muy voraces, necesitando para su nutrición, no obstante pasar mucho tiempo sin comer. Estos reptiles no son igualmente peligrosos para el hombre en todas partes donde se encuentran, y, por lo general, lo son menos de lo que la gente cree; cogidos de jóvenes pueden adquirir un cierto grado de domesticidad.

La especie «Goril del Ganges» es esencialmente acuática, alimentándose exclusivamente de peces, siendo muy raro en las colecciones zoológicas y en los museos, por ser amante de las aguas profundas y no vivir bien en cautividad. El «Cocodrilo del Nilo» es, sin duda, el reptil más conocido de sus dimensiones corrientes son de 5 a 6 metros, aun cuando hay ejemplares que alcanzan los 10 metros.

Es animal lento y perezoso en tierra, y muy ágil en el agua, donde nada con facilidad y rapidez, ayudándose con su cola y membranas interdigitales de las extremidades abdominales. El cocodrilo del Nilo emite, aunque raramente, un fuerte mugido cuando adulto, y los jóvenes un sonido parecido al croar de las ranas, gustando de tomar el sol, pudiendo, hacia mediodía, verse salir del agua para calentarse y dormir, descansando pesadamente todo el cuerpo en tierra, frecuentemente con la cola metida en el agua, dispuesto a despertarse y arrojarle en el agua al más leve ruido sospechoso.

En el antiguo Egipto era el cocodrilo un animal sagrado, siendo venerado y, además,

en algunos sitios se le mantenía en estancos, alimentándose para aplacar al Dios del mal. En cambio, en otros sitios se le conservaba como símbolo benéfico, por lo que se le adoraba, cuidaba, y una vez muerto se les embalsamaba, habiéndose encontrado, en cuevas, miles de momias de cocodrilos de todos los tamaños.

Una de las muchas y absurdas fantasías que el villoso ha inventado respecto de los cocodrilos, es que estos animales, después de devorar un ser humano, derraman lágrimas. El cocodrilo, a pesar de su voracidad, acepta la compañía de una ave, con la que se le acostumbra a ver representado y la que, posándose sobre su dorso y llegando a introducirse incluso en su boca, libra al reptil de parásitos y animales acuáticos molestos que se le adhieren nadando. Solamente el «Cocodrilo poroso», que vive en las regiones del Asia meridional, especie

de gran tamaño y extraordinariamente feroz, es el más temible enemigo del hombre, causando numerosas víctimas, siendo tal su voracidad, que come elefantes, cerdos, perros, cabras, monos y hasta engulle piedras, según cuenta Schlegel.

Es lo que se llama un verdadero monstruo, particularmente terrible por la noche, y aun que por tierra se mueve poco ágilmente, en el agua nada con una facilidad pasmosa aún contra la corriente. El cocodrilo poroso es amante del mar, donde va con frecuencia, alejándose varias millas de la costa.

Como ocurre con los zorros y otros mamíferos de pieles valiosas en comercio, también la industria, que mucho más fácil, más barato y menos peligroso que ir a cazar estos reptiles en sus países de origen, ha establecido vastos criaderos, donde los animales pueden reproducirse casi en idénticas condiciones que en vida de libertad. Y así vemos, en los Estados Unidos, criaderos de cocodrilos, a quienes en momento oportuno, se les mata, sin que la piel, que es lo que se trata de aprovechar, sufra avería alguna.



COCODRILLO

Este sabio astrónomo alemán, nació en Hannover el 15 de noviembre de 1738. Su padre era director de la música de la guardia de infantería del rey de Hannover, en cuyo cuerpo entró Herschel a los catorce años como educador.

En 1753, el joven Federico asistió a la batalla de Hastenbeck, pero habiendo enfermado, desertó, refugiándose en Londres, donde tuvo que dedicarse a dar lecciones de música para atender a su subsistencia. En 1765 fué nombrado organista de Halifax y luego de Bath, en cuyo cargo permaneció quince años, dando conciertos y componiendo diversas obras, sin descuidar por esto sus estudios científicos, que le aficionaron a la astronomía cuando ya pasaba de los treinta años.

Su afán era adquirir un telescopio, pero como el precio era superior a sus recursos, decidió contruirlo él por su cuenta, lo que consiguió tras no pocos esfuerzos. Este primer ensayo dió por resultado la construcción de muchos telescopios de una perfección hasta entonces desconocida.

En 1781 descubrió el planeta Urano, al que dió el nombre de «Georgium sidus». A los pocos meses, Herschel fué elegido individuo de la Real Sociedad Astronómica, condecorándosele al propio tiempo la medalla Copley.

En 1782, Jorge III, halagado por sus triunfos, le llamó a Windsor y le indultó del delito de desertión, señalándole una pensión de 200 libras esterlinas anuales. En 1786, se trasladó a Slisburgh, «el lugar de mundos», como dijo Arago, donde mayor número de descubrimientos se han hecho.

En 1785 comenzó su telescopio gigante, que media cerca de 12 metros de longitud, el mayor y el más perfecto de los ideados hasta entonces, el cual quedó terminado en 1789. También construyó otros, aunque de menor tamaño, para diversos observatorios, entre ellos Madrid, Cotinga, etc. y perfeccionó el micrómetro.

Herschel descubrió más de 2.500 nebulosas así como seis satélites de Urano, de los cuales dos solamente, Titania y Oberon, tienen una existencia cierta; descubrió también dos de Saturno, describiendo, además, todas sus particularidades; inventó un ingenioso método para medir los diámetros de los planetas, estudió la constitución del sol, e hizo interesantes observaciones sobre los cometas de 1807 y 1811.

Federico Herschel falleció en Slough, cerca de Windsor, el 25 de agosto de 1825, a la edad de 87 años, dejando escritas infinitas de importantes Memorias, publicadas en la «Philosophical Transactions».

GALERIA DE HOMBRIS CIELESTES

FEDERICO GUILLERMO HERSCHEL

Este sabio astrónomo alemán, nació en Hannover el 15 de noviembre de 1738. Su padre era director de la música de la guardia de infantería del rey de Hannover, en cuyo cuerpo entró Herschel a los catorce años como educador.

En 1753, el joven Federico asistió a la batalla de Hastenbeck, pero habiendo enfermado, desertó, refugiándose en Londres, donde tuvo que dedicarse a dar lecciones de música para atender a su subsistencia. En 1765 fué nombrado organista de Halifax y luego de Bath, en cuyo cargo permaneció quince años, dando conciertos y componiendo diversas obras, sin descuidar por esto sus estudios científicos, que le aficionaron a la astronomía cuando ya pasaba de los treinta años.

Su afán era adquirir un telescopio, pero como el precio era superior a sus recursos, decidió contruirlo él por su cuenta, lo que consiguió tras no pocos esfuerzos. Este primer ensayo dió por resultado la construcción de muchos telescopios de una perfección hasta entonces desconocida.

En 1781 descubrió el planeta Urano, al que dió el nombre de «Georgium sidus». A los pocos meses, Herschel fué elegido individuo de la Real Sociedad Astronómica, condecorándosele al propio tiempo la medalla Copley.

En 1782, Jorge III, halagado por sus triunfos, le llamó a Windsor y le indultó del delito de desertión, señalándole una pensión de 200 libras esterlinas anuales. En 1786, se trasladó a Slisburgh, «el lugar de mundos», como dijo Arago, donde mayor número de descubrimientos se han hecho.

En 1785 comenzó su telescopio gigante, que media cerca de 12 metros de longitud, el mayor y el más perfecto de los ideados hasta entonces, el cual quedó terminado en 1789. También construyó otros, aunque de menor tamaño, para diversos observatorios, entre ellos Madrid, Cotinga, etc. y perfeccionó el micrómetro.

Herschel descubrió más de 2.500 nebulosas así como seis satélites de Urano, de los cuales dos solamente, Titania y Oberon, tienen una existencia cierta; descubrió también dos de Saturno, describiendo, además, todas sus particularidades; inventó un ingenioso método para medir los diámetros de los planetas, estudió la constitución del sol, e hizo interesantes observaciones sobre los cometas de 1807 y 1811.

Federico Herschel falleció en Slough, cerca de Windsor, el 25 de agosto de 1825, a la edad de 87 años, dejando escritas infinitas de importantes Memorias, publicadas en la «Philosophical Transactions».

En el antiguo Egipto era el cocodrilo un animal sagrado, siendo venerado y, además,

en algunos sitios se le mantenía en estancos, alimentándose para aplacar al Dios del mal. En cambio, en otros sitios se le conservaba como símbolo benéfico, por lo que se le adoraba, cuidaba, y una vez muerto se les embalsamaba, habiéndose encontrado, en cuevas, miles de momias de cocodrilos de todos los tamaños.

Una de las muchas y absurdas fantasías que el villoso ha inventado respecto de los cocodrilos, es que estos animales, después de devorar un ser humano, derraman lágrimas. El cocodrilo, a pesar de su voracidad, acepta la compañía de una ave, con la que se le acostumbra a ver representado y la que, posándose sobre su dorso y llegando a introducirse incluso en su boca, libra al reptil de parásitos y animales acuáticos molestos que se le adhieren nadando. Solamente el «Cocodrilo poroso», que vive en las regiones del Asia meridional, especie

de gran tamaño y extraordinariamente feroz, es el más temible enemigo del hombre, causando numerosas víctimas, siendo tal su voracidad, que come elefantes, cerdos, perros, cabras, monos y hasta engulle piedras, según cuenta Schlegel.

Es lo que se llama un verdadero monstruo, particularmente terrible por la noche, y aun que por tierra se mueve poco ágilmente, en el agua nada con una facilidad pasmosa aún contra la corriente. El cocodrilo poroso es amante del mar, donde va con frecuencia, alejándose varias millas de la costa.

Como ocurre con los zorros y otros mamíferos de pieles valiosas en comercio, también la industria, que mucho más fácil, más barato y menos peligroso que ir a cazar estos reptiles en sus países de origen, ha establecido vastos criaderos, donde los animales pueden reproducirse casi en idénticas condiciones que en vida de libertad. Y así vemos, en los Estados Unidos, criaderos de cocodrilos, a quienes en momento oportuno, se les mata, sin que la piel, que es lo que se trata de aprovechar, sufra avería alguna.

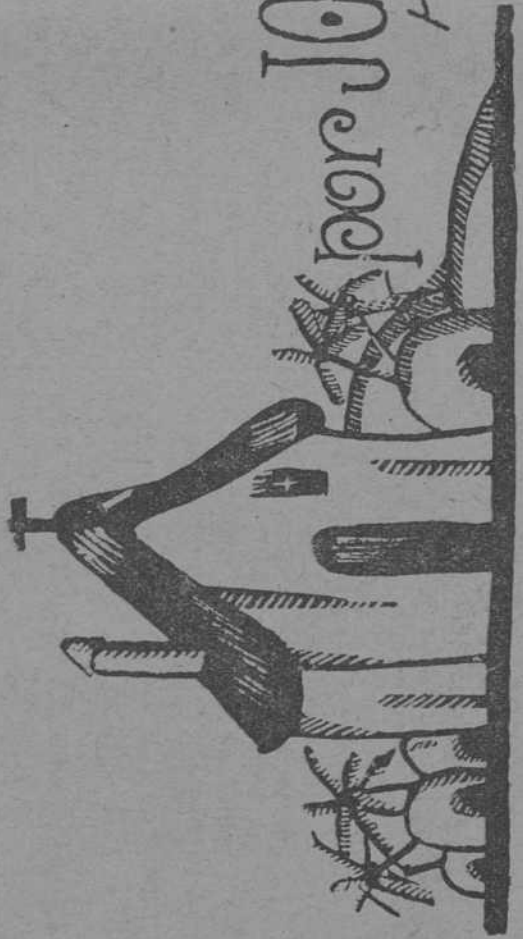
R. S. N.

LA FALLA de la BARRACA

MORPENA

por JOSÉ JUAN ALCARAZ

ILUSTRACIONES de PASARELLI



José le siguió a hurtadillas por entre los árboles, y cuando vio la dirección que tomaba lanzó una imprecación horrible, volvió al pueblo, entró en su casa, descerrajó un cofre, de donde sacó multitud de alhajas y monedas de oro, y se lanzó a la calle como un loco.

Loco debía estar verdaderamente quien, en vez de resignarse a buscar el remedio de sus dolores, recurría al crimen y a la degradación.

CAPITULO XI

El primer beso

Dejemos a José y volvamos a encontrarnos con Alejandro, a quien bien puede decirse que no hemos visto desde la noche en que, herido por aquél, cayó ante la puerta del alcalde.

El puñal, embotado por fortuna en su ropa, cayó sin fuerza sobre su pecho y le produjo una pequeña lesión, cuya profundidad no fué tanta como el dolor que le causó.

Así es que a los pocos días hallábase casi cicatrizada la herida, y el enfermo pudo trasladarse a su casa, después de recibir el consentimiento de Ferreiro para casarse con su hermosa hija, y de quedarse el barbero a la luna de Valencia.

Ahora bien: entremos en la casa de campo del alcalde, que es a donde Uacista se encaminaba, algunas horas antes que él, y veremos lo que allí ocurre.

La alcaldesa corre de un lado a otro preparando una mesa opípara para doce convidados.

Ana se viste con la saya más rica y el mantelo más lindo, el dengue más airoso y la "falla" (toca) más lujosa y bordada.

El alcalde luce las rameadas espaldas de su magnífico chaleco con solapas encarnadas y alto cuello, camisa con chorrera de encaje, puntiaguda montera de paño pardo con grandes vueltas de terciopelo, pantalón de punto, polaina fina y forrado zapato blanco.

Aunque su semblante revelaba no poca alegría, a juzgar por las frecuentes veces que se asomaba al volado balcón de piedra de la casa de campo, y por la ansiedad con que tendía la vista sobre el camino, podía creérsele presa de la mayor impaciencia.

A lo lejos apareció, al fin, después de algunos minutos, una lucida y numerosa cabalgata, resguardada del sol por enormes paraguas.

Ferreiro sacó el pañuelo, lo agitó en el aire y llamó a su "parienta".

Poco después, Ana, la señora Antonia y el alcalde se hallaban esperando en la puerta de la casa.

Las personas que componían la comitiva era el señor cura, que caminaba sobre una pollina rucía de poca talla, mirada grave y acompasados movimientos; el sacristán, que marchaba a su lado con un gran bulto colocado en la punta de una vara que llevaba al hombro; el Ayuntamiento del lugar, el albéitar, el barbero, a quien ya conocemos, y su mujer.

Todos se mostraban alegres y satisfechos, excepto Sanguijuela, que en vano se esforzaba por disimular su cólera o su tristeza.

El sabía, no obstante, que, con razón o sin ella, su hijo había dado pábulo

Por una vereda inverosímil, festoneada por una Naturaleza lujurante y prodríga, seguían las caballerías en que cabalgaban mis dos personajes, los brinquitos rítmicos del gallo y criado «moreno», y llamémosle así, con eufemismo, porque toman a mal el ser «negros».

Era la hora agradable matutina de la estación seca, en la que el rápido crepusculo ecuatorial iba a decorar el horizonte espléndido en tintas y matices, pero antes de que el astro implacable achicharrara sus cabezas, ya daban vista a la finca de caoateros, bautizada con el sugestivo mote de la «Barraca morena», cuando el robusto brazo del tío Vicent la arrancó al dominio salvaje de la selva virgen.

Unas cabañas diseminadas y en medio de ellas una especie de barraca valenciana, pero construída con tablonos de calabó, hojas de nipa, bejuocos, bananos y, pásmense ustedes..., icon chimenea y cruz!

Una extensa plantación de cacaoteros parasolados por enormes gigantes árbol. Delante de la «Barraca morena» había plantada una «falla» netamente valenciana, con «tracas» y todo.

—¡Ché, Pepe, eres un demonio! ¡Ché, ¿es verdad esto o es que estoy soñando? ¡Pero, ché!...

Y mientras Pepe reía complacido, el tío Vicent no salía de su infantil estupefacción y atormentaba sus ojos a restregones, en fuerza de no dar crédito a lo que allí delante parecía haber.

Y aquel día de asueto se interrumpió el «chapeo», o sea el continuo desbroce, y los

«cent» es un valenciano por los cuatro costados; un labrador hijo de Ruzafa y, además, el amo de aquella «botigueta» con ribetes de Babel mercaderil.

Sólo me resta presentaros al nuevo personaje, que no es sobriño precisamente, aunque le llame «tío» al mentado Vicente pero será preferible que le escuchéis, pues sus palabras dicen de sobra quién es.

—Pues que mañana es San José; acuérdese; día de fallas y bufuelos... allá en Valencia; fiesta única en el mundo, donde el buen humor corre parejas con el Arte.

—Cierto, muy cierto... ¡Allá en Valencia! ¡Ay!—y se le escapa un suspiro con todos los honores de un vendabal.

—Pero es el caso que mañana, a primera hora, nos vamos a pasar el día a la finca, los dos juntos; a la «Barraca morena»; no se olvide que me llamo Pepe y que este año quiero celebrar mi santo. A usted le debo cuanto tengo y quiero obsequiarle como se merece dándole una sorpresa, que por mucho que cavile nunca se la podrá imaginar.

—¿Tan grande será, Pepico?—dijo en tono familiar.

Y el «tío Vicent», con el sombrero hacia atrás, se rascaba con furia la cabeza mirando al suelo, no sabemos si envanecido por el obsequio tan secretamente preparado o aplañado por la imposibilidad de su magín.

—Mañana sabrá usted de fiyo lo qué encerraban aquellos cajones de marras que trajo el «Montserrat».

¿Queréis saber quién es ese señor de rostro impasible, vestido de blanco y sentado en actitud de abandono en el centro de la tienda?

¿Verdad que todo allí os parece un tanto raro? Hasta en lo de la tienda estoy seguro que pondréis un mohín de sorpresa al saber su contenido.

En confuso revoltijo, telas de colorines chillones, botes con profusión de rótulos ingleses, anaqueles bien surtidos de frascos ordenados, entre los que, como avergonzados ante la arrogancia maciza de los «Bols» y la invasión británica del whisky, alzaban el cuello unos envases de coñac y vinos españoles; cigarrillos ingleses y virginius con sus olores característicos, ventruados fardos de ofensivo pescado salado y regular cantidad de sacos de arroz, rezando sobre sus mallas prietas la procedencia valenciana.

Una especie de cajón de sastre, llamado bazar si queréis, en el que ese señor salta diligente ante el norteo de moftetes encendidos, hablando un inglés casi correcto, o chapurrea la jerga «bubi», saltarina y chillona, confeccionada con atropellados y sonoros brinco de lengua o también expresándose en un castellano soso y sin matices interpretativos.

En una palabra, por si no lo adivináis, estamos en una factoría de Santa Isabel de Fernando Pío.

¿Quién es el dueño?

—¡Salut, tío Vicent!

—¡Hola, paisano! ¿tú por aquí? ¿Qué me cuentas de nuevo, ché?

Basta ya de incertidumbre; el «tío Vi-

—De seguro ha sido José—exclamó la señora Antonia.

—No diga usted eso—añadió Uacista.

—Yo no puedo acceder a lo que usted me pide—repuso el alcalde.

—En ese caso, yo negaré el hecho a todo el mundo, y me lamentaré de que ustedes no hayan correspondido a mi confianza.

—Sería usted cruel, don Alejandro.

—Pues si quieren ustedes que no lo sea, júrenme, por la felicidad de su hija, no decir nada a nadie de cuanto ha pasado aquí.

El alcalde juró al fin, y Uacista dijo:

—El perdón de las ofensas es la mejor venganza. ¡Ojalá hubiera pensado siempre del mismo modo!

No pudo continuar.

Su cabeza cayó pesadamente sobre su pecho.

El alcalde y la alcaldesa le levantaron entonces entre sus brazos y le condujeron al cuarto de Ferreiro.

Después le echaron sobre la cama.

A la mañana siguiente, las mozas y los mozos del pueblo comentaban en la plaza cuanto había ocurrido durante la noche anterior.

Pero, ¿cómo lo sabían, si Alejandro no lo podía decir, y el alcalde había prometido guardar la más completa reserva?

Por los vecinos.

Enterados, como la señora Antonia, de los gemidos de Uacista, se contentaron en un principio con saltar de la cama y asomar cuidadosamente la punta de las narices por la rendija de la ventana, o aplicar el oído al quicio de la puerta.

Pero a la mañana fué otra cosa; era necesario dar pábulo a las habillitas de todos, y para conseguirlo, nada más fácil que contar el lance a su capricho.

Sin embargo, la justicia permanecía muy tranquila, y José, por no dar qué pensar, se presentó también entre los corrillos que la murmuración había formado en la plaza.

De este modo creía desvanecer toda sospecha respecto a su persona.

—¿Qué fué ello?—decía uno.

—Nada; que anoche hirieron traidoramente a don Alejandro.

—Se dice que morirá.

Al oír esto, las viejas lloraban a caños y se iban haciendo cruces a la iglesia.

—¿Y quién fué el criminal?

—No se sabe—decían algunos.

Pero todos los ojos se fijaban al mismo tiempo en el rostro de José.

Así pasó el tiempo.

Los que antes habían murmurado se contentaron con llorar.

Entretanto, Ana no había vuelto a ir a pasear a la montaña.

Uacista convalecía.

Claudio abandonaba su casa durante la noche, y tornaba a la suya por el día.

Una tarde, tres mulas ricamente enjaezadas se detuvieron ante la casa del alcalde.

Tres criados del lugar, ostentando magníficos chalecos bordados y puntiaguadas monteras, las sostenían de la brida.

La gente comenzó a agruparse ante la puerta de Santiago.

Poco después éste, la alcaldesa y Ana aparecieron en el dintel.

El alcalde subió primero a la señora Antonia sobre una de las caballerías y a su hija en otra, y cuando ambas se encontraron perfectamente colocadas a mujeriegas, montó en la que le estaba reservada.

«morosos» se hartaron de paella a la valenciana y se emborracharon «a lo hubi» con alcohol de palmeras.

Era la hora votiva del crepusculo vespertino; iba a cumplimentarse la parte final y típica del festejo valenciano trasplantado a aquellas regiones por el finquero levanthino.

—Pero todavía no me has dicho qué significa todo esto.

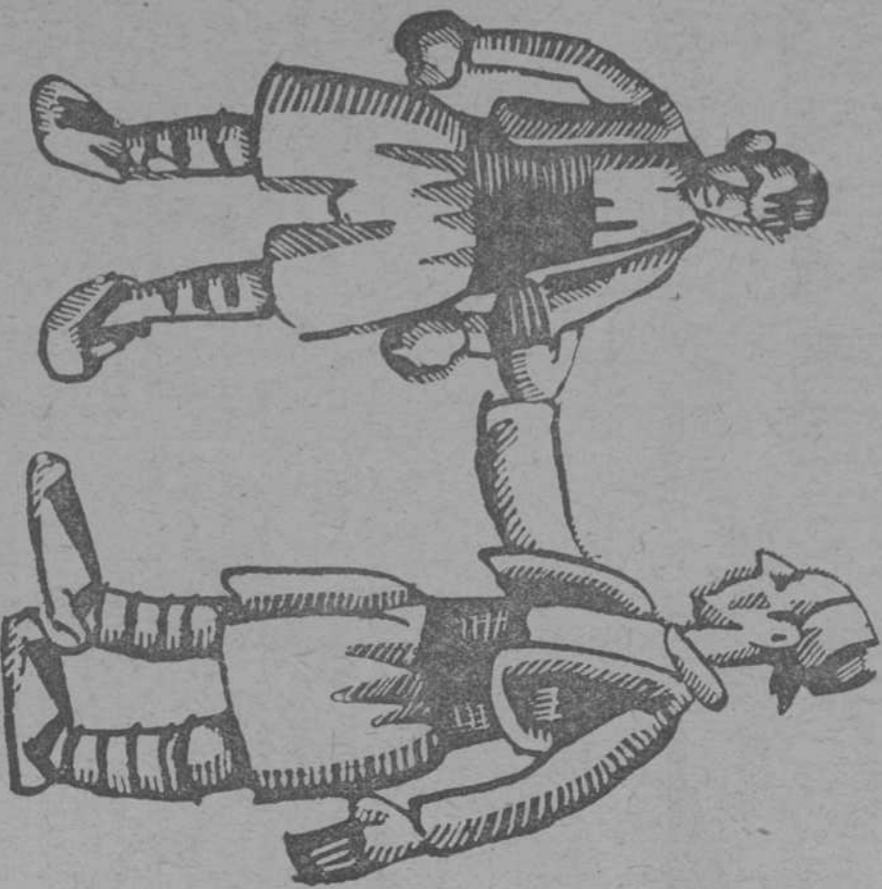
—¡Claro! Falta el librito de versos que contiene la explotación y narración de la falla. Que le prendan fuego—ordenó—; siéntese aquí y escuche:

Señor Vicente (al llamarle «señor» hay que suponer que algo muy serio iba a decirlo), yo llegué a esta isla arrojado por el mar como un naufrago de la vida; sin más motivo que el de ser paisanos, usted me

Como gotas frías de lluvia decembrina cayeron sus últimas palabras en los oídos del tío Vicent, que impasible tenía clavados sus ojos en el suelo.

—El boquete de aquella falla era ese precisamente; se titulaba «Valencianos de sonajero»; un labrador burlando con un sonajero en la mano y cuyo secreto de confesión trajeron aquellos cajones encargados a Valencia. Pero en sustitución de este motivo de crítica sana fastidiando al valenciano de carácter infantil y frívolo, puerilmente festivo y engañado a veces como un niño inconsciente, los «amigos» pusieron a la vergüenza pública mi desgracia bajo el infamante título de «Vecinos de cenorro», parodiando el título anterior.

¡Sí, tuvo gracia aquello; muy «chateros» todos; pero...—y un gesto significativo ahogó un rugido más bien que un suspiro.



protegió de tal manera, que este año, Dios mediante, la «Barraca morena» será más: así con una brazada pudiera llevarla a la sombra del Micalet, con la décima parte me conformaba!

Quiero que lo sepa todo, ¡todol!, porque para mí ha sido un verdadero padre y lo seguirá siendo mientras viva. Naof en Valencia, pero no tuve la suerte de conocer a mis padres; trabajé me labré un porvenir y, por fin, encontré una mujer a la que en mala hora le di mi nombre.

Era yo, por estas fechas hará diez años, presidente de la comisión de falla del barrio y en mi casa se reunían todos los sábados los amigos, jugando al «treca», bebiendo y contando chistes.

¡A qué detallar! Mi mayor amigo..., la fataldad..., no sé..., ¡mi destino!, me condenaron a no poder disfrutar ni del más puro goce de la vida y me pisotearon el mudo sagrado del hogar.

Entre sus dedos crispados estrujaba el tío Vicent las briznas del tabaco.

—No digo más—continuó—; en el primer barco que salió del Grao, hui de aquella ciudad donde todo se había complicado en hacerme apurar hasta la última gota del dolor, como si fuera indigno de ser hijo de ella.

El «balele» estaba en su apogeo; los morrenos, con rostros taraceados por incisiones cruentas, se retorcan sudorosos como posesos lascivos alrededor de la pira sagrada; oficiales de un rito exotérico, al resplandor fúnebre de la hoguera, semejaban demonios ululantes.

En las pupilas humedadas de Pepe cabri-llaba la llama; ¡la bella llama pirandelliana!, la llama del dolor..., de la patria chi-ca..., ¡del perdón!...

—¡Y aun te acuerdas de allá haciendo fallitas, eh?—rugió entre dientes el labriego ruzafino, llevando a sus labios contra-

dos oleadas repletas de venganza, muy profundas de avisos raciales.

—Sí, señor Vicente, sí, me acuerdo y me acordaré siempre, y si no escribo el librito de versos que contenga la explotación y narración de la falla, es porque no sé hacer poesías.

En sus humedadas pupilas quedó prendido un rubí rutilante.

¡Qué más bella poesía!...

(De nuestro Concurso de Cuentos)

A MIGUEL CERVANTES SAAVEDRA EN LA FIESTA DEL DIA DEL LIBRO

¡Salve, Genio! ¡Gloria a ti Miguel Cervantes Saavedra! ¡Oh, Patriarca del Ingenio! ¡Oh, Príncipe de las Letras! ¡Eres inmenso pínaculo de inspiración y sapiencia! ¡Eres antorcha divina irintamente eterna! ¡Vigía del Pensamiento! ¡Faro de la Inteligencia que en la noche de los siglos irrada su luz febeal.

... .. ¡Salve, Genio! ¡Gloria a ti, bravo Manco de Lepanto! En tu sepulcro de piedra gozas de eterno descanso, mientras la fama te mece en su divino regazo, y las Musas, entusiasmadas, por ti suspiran llorando.

Tu verbo limpio y brillante como diamante engarzado; amillador y sereno como el agua de los lagos; puro como la sonrisa de niño que está soñando; rebosante de belleza como doncella en su talamo; aromático y gentil como la flor en su tallo; expresivo y delicado como el jilguero en su canto; luminoso y rutilante como Febo con sus rayos; severo, conciso, excelso, incommensurable y magno como la mano divina del Autor de lo Creado...

¡Jamas! ¡jamas! ha podido humano ser imitado. ¡Salve, cautivo de Argel! De tu nimen soberano, brotaron llenos de luz los florones más preciados que prestigian y bisasnan el invicto escudo hispano. Cabalgando en su jamego, lanza en ristre, escudo al brazo, sobre saltando fronteras tu sublime pertubada. La fama con su clarín al mundo anuncia su paso: Este de triste figura, es El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha; el Hidalgo más Hidalgo; protagonista divino del libro mejor creado. Libro más bello del mundo! ¡Glorioso evangelio humano!

JUAN CAPARRÓS ESCUDERO

Ana, resplandeciente de hermosura, pero triste, pálida y resignada, con los ojos bajos y la frente inclinada sobre el pecho, caminaba delante.

El señor Ferreiro, la señora Antonia y los mozos marchaban detrás.

—¡Se van!—dijeron las aldeanas sollozando.

Y costinuaron en seguimiento de la cabalgata hasta las afueras de la aldea. La tarde estaba magnífica y serena; el sol brillaba en medio del firmamento, tiñendo de púrpura las montañas y derramando sus puros rayos sobre los campos, que aparecían cubiertos de verdor.

Ana continuaba, no obstante, en actitud reflexiva y melancólica, sin cuidarse del viento que rizaba sus cabellos, ni del lejano rumor de los torrentes, ni de la magnífica perspectiva de los bosques, ni de los peligros que pudieran surgir en medio de tan hermoso e incomparable panorama.

Así atravesaron un bosque inmenso, magnífico, frondoso, donde las ramas hacían bajar constantemente la cabeza y los árboles se ofrecían por algunos sitios tan apiñados y gigantescos, que semejaban en su centro quintas de verdura.

Las mulas parecían fatigadas de pisar tan rica alfombra, y al agitar las sonoras campanillas de sus collares, espantaban a los pájaros, que volando de árbol en árbol y de rama en rama, producían a lo lejos arrobadores himnos de armonía.

Los jinetes salieron al fin del bosque, y pocos momentos después comenzaron a subir un repecho rojizo, árido y pedregoso.

El viento trajo a sus oídos un murmullo parecido al de un río caudaloso.

En efecto, era el rumor del Bubal, cuyas turbias ondas corrían mansamente dentro de su cauce.

Ferreiro movió con disgusto la cabeza, y volviéndose hacia los mozos, que caminaban a su lado, dijo:

—Adelántate, Juan, y toma el roncal de la «Lucera» para pasar el río.

El criado bajó con agilidad la pendiente, quitóse las polainas, y asió del diestro la mula en que Ana caminaba.

La caballería levantó la cola, estiró el cuello, aguzó las orejas, y recelosa y pausada entró en el agua.

Los otros dos mozos se colocaron próximos a la señora Antonia, y Ferreiro, clavando las espuelas a su mula, corrió cerca de Ana.

Los animales se metían en el agua con muchas precauciones.

—¡Muchas avenidas van a haber este año, señor!—dijo Juan.

—¡Dios no lo quiera!

Las caballerías, luchando contra las ondas, presentando el pecho a la corriente, o bien deteniéndose cuando se creían arrastradas por aquélla, llegaron a la orilla opuesta.

Apenas subieron la otra margen, se encontraron ante una alegre campiña.

A lo lejos, casi oculta entre los árboles, se distinguía una casa de campo.

El paisaje era bellissimo.

—Ya estamos cerca—dijo Ferreiro.

—Y fuera del río, que es lo principal—repuso la señora Antonia.

—Cada día estoy más satisfecho de haber comprado esta posesión.

—Y bien puedes estarlo, Santiago, porque es un paraíso. Ahora comprenderás mejor que nunca lo acertado de mi idea. Aquí se pueden casar sin ruido, sin murmuraciones, sin aparato. Lo que importa no es dar que decir por medio de fiestas y algazara, sino que nuestra hija sea feliz. ¡Ya verás! Mañana, Dios mediante, mandaremos por todo, y santas pascuas. Cuando acudan los envidiosos será tarde.

Ferreiro quedó silencioso.

—¡Qué! ¿Hubieras preferido que nos expusiéramos a las murmuraciones del

señor Sanguijuela y las iras de José? Bastante tiene que agradecer a don Alejandro y a nosotros, que a pesar del convencimiento que teníamos y de las habi-llas de la señora Pepa, que es boca de verdades, no le hemos puesto preso. ¡Infame! ¡Infame! ¡Valerse de la traición para herir al hombre más honrado de la comarca!

El alcalde miró a su esposa y repuso:

—Yo te aseguro, Antonia, que no fueron las súplicas de éste las que me detuvieron en la persecución, sino el haber salvado a nuestra hija. Soy justo, pero soy padre también, y esta vez mi cariño hacia Ana ha podido más que mi deber.

—Pues mira, Santiago, si quieres que te diga una cosa, yo no creo que José haya sido capaz de verificar lo que se le atribuye.

—¿Por qué, mujer?

—Porque el que busca la traición para matar a un hombre no es capaz de ponerse ante una fiera, porque es un cobarde.

—¿Quién sabe!

—Eso mismo hubiera dicho siempre, pero desde que me contaste lo que te dijo el señor Paco he empezado a dudar. ¿Quién sabe si, conocida la rectitud de nuestro carácter, pensaba comprometernos de ese modo por el agradecimiento?

—No, el señor Sanguijuela es amigo mío, y no hay por qué sospechar de su honradez.

—Piensa mal y acertarás, dice el refrán.

—Eso es indigno de nosotros, Antonia.

—Será lo que tú quieras; pero lo que es esta vez, no creo engañarme.

El alcalde se encogió de hombros y se puso a contemplar la campiña como distraído.

—Vamos a ver—dijo la señora Antonia—. ¿Cuándo te parece que avisemos al señor cura?

—Cuando disponga don Alejandro.

—¡Toma! El dirá que mañana.

—No; porque hasta dentro de algunos días no se hallará restablecido.

—¡Ah! ¡Es verdad!—baluceó la alcaldesa con sentimiento.

Algunos minutos después, Ferreiro llegó con su familia a la casa de campo. Los que cuidaban de la posesión les recibieron con grandes muestras de contento, y les ayudaron a apearse de las cabalgaduras.

—¡Bien venido, señor!—dijo un aldeano, quitándose la montera.

—¿Es por mucho tiempo?—preguntó otro.

—Tal vez para siempre—respondió la alcaldesa con alegría.

Entonces se internaron en la casa, y los mozos llevaron a la cuadra a las caballerías.

A la mañana siguiente todo el pueblo se ocupaba del casamiento de Alejandro con la hija del alcalde.

Pero José, que pasaba el día en la montaña y bajaba al pueblo por la noche, ardió al saberlo en deseos de venganza con más afán que nunca, y pensó en la muerte de Alejandro.

Uno, dos, tres días pasaron del mismo modo, y Uacista se dió por fin a luz.

Cuantos le vieron en su casa le dijeron:

—¿Qué ha tenido su merced?

Alejandro les respondía cualquier cosa menos la verdad, procurando borrar toda sospecha y acallar toda clase de rumores.

Al cuarto día de la ausencia del alcalde, Uacista mandó que le ensillaran la mula, montó en ella, y entre las felicitaciones y los saludos de los aldeanos, salió de la población.